Pasión a la luz de la luna y otros cuentos

Jacobo Gennaro

Capítulo 1

Malaventura

El sonido de las gotas de lluvia cayendo sobre el techo resultaba sensacional; era sospechosamente agradable. Por el contrario, los ladridos de los perros de la casa de al lado no hacían más que ponerme los nervios de punta.

Justo cuando un relámpago centelló a lo lejos, alguien llamó a la puerta de mi cuarto. Quité los ojos de la ventana y los clavé en esta, pero no dije nada.

La puerta se abrió y la abuela entró con una expresión demasiado seria en el rostro, ya maltratado por el tiempo y ahora atestado de arrugas.

Se acercó a la cama a un paso lento, con su cabello canoso recogido en una moña, tomó asiento, y colocó su suave y delicada mano sobre la mía.

—¿Cómo te sientes hoy? —Su voz rompió el silencio.

Aquella pregunta me estremeció, casi como un enorme retortijón en mi pecho.

La pérdida de mis padres había resultado en una gran desgracia para todos, en especial para mí. Desde aquel día en el funeral, y luego en el cementerio, fue como si las ganas de vivir se hubieran desvanecido en el aire, así de la nada. Después de eso, lo único que me quedaba en la vida era la mamá de mi mamá y su segundo esposo, un hombre al que nunca me tomé el atrevimiento de llamarlo “abuelo”.

Suspirando, hice un esfuerzo grande para ignorar su pregunta sin ser grosero, y también para evitar una posible conversación sobre el tema que, hasta el día de hoy, seguía atormentándome.

El mensaje fue claro para la abuela, por lo que no tardó en ponerse de pie y retirarse, devolviéndome mi soledad.

El recuerdo de mis padres se paseó por el cuarto durante varios minutos, y el momento no pudo haber sido peor cuando el esposo de la abuela apareció de la nada, rompiendo la tranquilidad.

Fue cuestión de segundos para darme cuenta de que algo no andaba bien, pues sus ojos negros se posaban en mí de una manera muy extraña.

—Nos vamos —dijo, llevando la mirada hacia la lluvia tras la ventana.

—¿Adónde? —pregunté, confundido.

—A Alaska.

¿A Alaska? ¿Pero qué carajos?, pensé.

—No entiendo a qué viene todo esto. —Me senté en la cama, cruzando los brazos—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

Me pareció oír que el hombre soltaba un suspiro, desviando la mirada hacia el pequeño librero en la esquina del cuarto.

—Solamente vamos… tu abuela y yo, tú no.

En un principio, me pareció no haber entendido bien lo que había dicho, pero la expresión en su rostro me ayudó a analizarlo todo, al tiempo en que esta me decía que el tipo no estaba bromeando.

—¿Qué?

—Solamente vamos tu abuela y yo. Tú te quedas.

—¿Quedarme… aquí, yo solo?

—No, solo no. Hay alguien que va a cuidar de ti.

—¿Quién?

Pero el hombre no respondió, solamente sonrío. Y sin más, salió del cuarto.

¿Qué fue eso?, pensé.

Sus palabras me dejaron con muchas preguntas en la cabeza, preguntas a las que no podía hallarles una respuesta.

No entendía nada de lo que estaba pasando, y lo peor de todo era que, a pesar de aquel extraño episodio, parecía que el sueño comenzaba a apoderarse de mí. ¿Pero cómo? No tenía sentido. Nada tenía sentido.

En ese momento, escuché que alguien llamaba a la puerta. Por un segundo, pensé que la abuela o el esposo atenderían a quienquiera que estuviera allá afuera, pero pasaron varios minutos y el golpeteo en la puerta no cesaba.

Bajé las escaleras a trote de caballo y tuve la impresión de que la casa estaba desierta, aunque no era posible que hubieran partido sin avisar.

Me acerqué lentamente hacia la puerta y el golpeteo hizo que saltara del susto. Suspiré y la abrí, y ahí estaba él: el hijo del esposo de la abuela, corpulento y con las canas asomándose en ambos lados de su cabeza; el patán que siempre había sido grosero y rudo conmigo, tanto que no tardó mucho en ganarse mi rencor.

—Buenas tardes. —Su voz me estremeció.

La seriedad de su rostro me decía que la miseria no tardaría en aparecer.

—Adivina quién va a cuidar de ti hasta que mi padre y tu abuela regresen.

Di un paso hacia atrás, desviando la mirada hacia la fotografía de los tres que colgaba en la pared. No podía creer que estuvieran haciéndome eso.

Le dediqué una mirada de odio al cretino y escupí al piso.

Mala idea.

La cachetada me tumbó. Quise ponerme de pie, confundido, sin evitar mirar en silencio el rostro enfurecido del hermanastro de mi mamá.

—¡No vuelvas a hacer eso, pequeño bodrio! —rugió.

Aturdido, vi que se quitaba el cinturón de los pantalones y, antes de que pudiera escapar, me tomó del cabello.

—¡Gusano asqueroso! —rugió de nuevo, arrastrándome por el piso.

Tenía mucho miedo.

Miré hacia arriba y ahí estaba el cretino, tomando impulso para empotrar agresivamente el cinturón en mi cuerpo.

—¡No!

***

Desperté de golpe, agitado, de vuelta en mi cuarto.

Eso fue extraño, pensé. Qué sueño tan horrible.

Respiré lentamente, tratando de calmarme, y empecé a reírme. En ocasiones podía llegar a ser algo dramático, pero en ese momento no

importaba. Todo iba a estar bien.

Con el estómago vacío, bajé a la cocina, pero fue entonces que, de repente, hubo mucho silencio en la casa. Todo estaba tan… en calma. No había rastro de la abuela, ni de su esposo.

No puede ser, pensé.

Y entonces, alguien llamó a la puerta.

Capítulo 2

Sombrío

Los rayos de sol caían sobre la playa desde el centro exacto del cielo, mientras que yo, hipnotizado, contemplaba el golpe de las olas contra las rocas.

—¡Te reto a que saltes también! —gritó mi hermano, saludándome desde el acantilado.

Si bien los rayos de sol eran molestos al momento de analizar lo que pasaba a mi alrededor, pude ver con claridad cómo mi hermano, invadido hasta el tope por la adrenalina, saltaba del precipicio y desaparecía más allá de la superficie del agua. Luego, nadó hacia la orilla como una barracuda, y entonces supe que yo era el siguiente.

—¡No seas una gallina! —exclamó, algo desafiante, sacudiéndose el agua del cabello.

—No lo soy. —Me puse de pie de un salto y fui hacia el acantilado.

Mientras subía los escalones de piedra, contemplé la hermosa vista: el mar azul, las montañas verdes, la espuma de las olas contras las rocas. El paisaje era absolutamente hermoso, inigualable.

Por alguna razón, el afán de mi hermano en desafiarme a saltar del acantilado hacia que el miedo se esfumara y que la emoción se apoderara de mí. No lo pensé dos veces, simplemente lo hice.

Sentí un enorme vacío dentro de mí mientras que caía por los aires, para luego atravesar la superficie del agua de manera brusca, sintiendo el ardor del agua tapándome la nariz. Braceé y pataleé con fuerza, hasta que conseguí llenar mis pulmones de aire.

¿Ahora quién es una gallina?, pensé.

Nadé hacia la orilla y me reuní con mi hermano, dándome cuenta de que su mirada se hallaba perdida en algo. Siguiéndola, me topé con un enorme hueco en la pared de piedra, justo debajo del acantilado.

—Una cueva —dijo, frunciendo el ceño.

—Eso parece.

Vi que una sonrisa se dibujaba en su rostro, y entonces supe en qué estaba pensando. Sin embargo, antes de que pudiera oponerme a

cualquier locura, nos hallábamos corriendo hacia la cueva.

Era enorme. No pude considerar si sería o no una buena idea entrar, pues mi hermano me empujaba hacia el interior.

Dentro de la cueva, reinaba la oscuridad, salvo por un poco de iluminación por parte de los rayos de sol que se colaban en el interior.

Lo más relevante para hacer en ese momento sería echar un vistazo alrededor, esto mientras que se materializaba un silencio incómodo entre los dos.

Caminando, tropecé, cayendo sobre el montón de piedras. Dolió mucho, pero dejé de pensar en eso cuando mi atención, al igual que la de mi hermano (de ahí que ni siquiera se tomara la molestia de ayudarme a ponerme de pie), se vio puesta en un extraño objeto, de un resplandor impecable, al igual que un diamante, que descansaba sobre un pilar de piedra.

Lo contemplamos en silencio, concluyendo que se trataba de una especie de piedra preciosa, tal vez un topacio o un zafiro.

Acercándonos un poco más, vi que en su interior se plegaban millones de diamantes diminutos, como gotas de rocío.

Mi hermano no dudó en tomarla entre sus manos, haciendo que toda la cueva se viera envuelta en un temblor alarmante.

Entonces, la piedra se escapó de sus manos, sin saber en dónde había caído, mientras que ambos caíamos al suelo. Y entonces grité, grité muy fuerte.

Un dolor desconcertante me invadió de repente, y fue cuando vi al pilar de piedra sobre mi pierna.

El temblor cesó.

—¡Ugh, mi pierna! —exclamé entre dientes, esto con la esperanza de que mi hermano actuara rápido esta vez.

Confundido y sin saber qué hacer, logró levantar el pilar tan solo unos pocos centímetros, apenas para que pudiera arrastrarme hacia un lado y poder dejarlo caer. Me cargó en su espalda y salimos de la cueva.

Los rayos del sol me azotaron el rostro una vez estuvimos de regreso en la playa, en donde me dejó caer sobre la arena con cuidado.

—Voy a buscar ayuda —dijo, desapareciendo entre la luz del sol.

El dolor me estaba matando. Ni siquiera podía ver cómo estaba, pues las energías parecían abandonar mi cuerpo poco a poco.

Fue entonces que escuché un ruido que venía del interior de la cueva, como una especie de gruñido.

Giré la cabeza para ver qué era, pero no había nada. Volví a escucharlo, y supe que había algo ahí.

En ese momento, alcancé a ver una sombra moviéndose en el fondo de la cueva, sin importar que estuviera oscuro.

El miedo se apoderó de mí, pero no podía moverme; no sabía qué hacer.

Y entonces, la sombra comenzó a acercarse lentamente.

Capítulo 3

Fantasías

El sol se hallaba oculto entre las nubes, mientras que las gotas de lluvia caían del cielo a gran velocidad.

—Fascinante, ¿no crees? —comentó, mirando por la ventana.

Embobado, no pude responder, pues me hallaba perdido en su rostro: el rostro del amor de mi vida, de la persona más especial.

En ocasiones, por alguna razón llegaba a considerar la idea de perderla, esto para que después un vacío asqueroso me envolviera el estómago.

Nadie en el mundo sabía de aquel sentimiento, absolutamente nadie; era mejor así.

—Sí, eso creo —dije, poniendo la película.

Tomé un sorbo de gaseosa, mientras que los créditos iniciales se apoderaban de la pantalla, y me llevé una gran manotada de palomitas de maíz a la boca. Ella mantenía la mirada al frente, con su rostro suplicándome a morir que no dejara de contemplarlo, regodeándome de su belleza sin cansarme de ello. Y así me quedé todo el tiempo, de vez en cuando mirando la pantalla sin saber qué carajos pasaba en la película.

En ocasiones, cuando ella estaba presente, podía llegar a ser tan distraído, que perdía por completo la noción del tiempo. Mi distracción podía llegar a ser tan grande que, de no haber sido por su exclamación, no habría caído en cuenta de que ya era de noche y que la película ya se había acabado.

—¡¿Las once y media?! —Saltó de la cama, tomando la chaqueta que estaba sobre la silla de la esquina del cuarto—. ¡Mis papás van a matarme!

—Quédate —susurré.

Tan grande era el sentimiento, que no podía estar ni un segundo sin ella.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

También salté de la cama y quedé de pie delante de ella, haciendo mi mayor esfuerzo para controlarme, pero fue en vano.

Me lancé hacia adelante y, como un animal, estampé mis labios en los suyos, tomando su rostro con ambas manos, con la intención de no dejarla ir.

La besé como nunca antes había besado a alguien, abriéndome paso entre sus labios con mi lengua, mientras que sus manos golpeaban mi pecho.

No podía detenerme.

***

Si bien amaba su voz, no me gustó en lo absoluto cuando esta interrumpió mis fantasías.

—¿Todo bien? —Chasqueó los dedos, regresándome a la realidad.

—Sí, sí —dije, sacudiendo la cabeza—. Perdón. —Caí en cuenta de que aún seguíamos en la cama.

—Te preguntaba si podrías llevarme a mi casa, si no hay problema.

—Sí, claro que sí. —Sonreí, contemplando sus labios.

Caminando fuera del cuarto, solté un gran suspiro, intentando no perderme nuevamente en mis fantasías, llevando a mi lado a la chica de mis sueños.

Capítulo 4

Pánico

Ya estaba empezando a oscurecer cuando mamá entró apresurada a mi cuarto sin tocar la puerta.

Dios mío, odio cuando hace eso, pensé.

Dirigiéndose a papá, exclamaba a gritos que la invitación decía ocho en punto y que ya se les había hecho tarde.

Esa noche, iban al matrimonio del jefe de papá (quien se casaba por tercera vez), para quien trabajaba desde hacía seis años.

—En la mesa de la cocina hay dinero para que pidas algo de comer a domicilio —dijo mientras se ponía el collar de perlas en el cuello.

Me lanzó un beso y salió del cuarto.

Mis ojos volvieron a la pantalla de la televisión, en donde no había nada interesante qué ver más que un estúpido programa de comedia.

Cuando la apagué, había mucho silencio en la casa, por lo que supuse que ya se habían ido. Era normal que no se despidieran, mucho menos cuando tenían prisa.

Pensé que leer ayudaría un poco para el aburrimiento, por lo que bajé a la sala en busca de la novela que estaba leyendo en ese momento.

De vuelta en mi cuarto, me dejé caer sobre la cama dispuesto a perderme en el montón de páginas. Sin embargo, a pesar de que el capítulo estaba interesante, no pude evadir el sueño.

Sin deseos de querer dormir, encendí la radio para escuchar algo de música sin dejar de lado a la lectura. Pero entonces, caí en cuenta de que aquello en la radio no era música, sino otra cosa.

—Interrumpimos esta emisión para dar un informe de último minuto: "Un loco peligroso ha escapado del hospital psiquiátrico hace unos minutos. El hombre es muy peligroso, por lo que recomendamos tomar precauciones."

Cuando la música volvió a escucharse, aún con la novela entre las manos, me quedé inmóvil durante unos segundos.

Un loco peligroso, pensé.

Tomé el celular de la mesa de noche y llamé a papá, pero no contestaba. Intenté otra vez, pero nada.

Mordiéndome los labios, me decía a mí mismo que no podía permitir que el miedo se apoderara de mí en un momento como ese, y mucho menos ahora que había escuchado un ruido en el patio.

Bajé otra vez hasta a la sala, encendiendo todas las luces, incluyendo la del patio. Justo en ese momento, contemplé a través de la ventana, estupefacto, como una figura emergía de los arbustos y luego caminaba lentamente hacía la puerta trasera.

Como el protagonista de una película de terror, corrí como alma que lleva el diablo de vuelta a mi cuarto, preguntándome por qué simplemente no salía por la puerta principal.

Qué estúpido, pensé.

Sentado dentro del clóset, la sangre se me heló cuando escuché pasos sigilosos justo afuera del cuarto.

El nivel del pánico empezó a crecer y a crecer, al tiempo en que cerraba los ojos con fuerza, preguntándome cómo alguien habría entrado a la casa.

—Hola —le escuché decir a una tétrica voz—. Te veo.

Salté del susto, abriendo los ojos de golpe, y lo vi: su rostro pálido, su cabello largo y su macabra sonrisa.

Extendió sus brazos y dijo que no había nada que temer, pero, dispuesto a no dejarme atrapar, lo golpeé con la puerta del clóset y cayó al suelo.

Corrí hacia la puerta, pero no tuve tiempo de escapar, pues me tomó del cabello y me lanzó al suelo. Rápidamente, me puse de pie de un salto e intenté alcanzar las escaleras, pero antes de que pudiera bajarlas, un fuerte golpe en la espalda me hizo caer rodando escaleras abajo.

Aterricé en el suelo, y luego el hombre apareció de la nada, tomándome entre sus manos y lanzándome contra los floreros de cristal encima del comedor.

Luego de caer sobre el montón de cristales destrozados, aturdido, contemplé el rostro del hombre una última vez con la intención de grabarlo en mi memoria, antes de que la oscuridad se apoderara de todo.

Capítulo 5

Libertad

Estaba casi seguro de que era un sueño, pues era imposible que estuviera en el cuarto de la estaba perdidamente enamorado.

La posibilidad de que me invitara a su casa por aquellos días no existía en lo más mínimo, por lo que mi presencia allí no tenía sentido.

La iluminación del cuarto era muy débil, por lo que tanteé la pared en busca del interruptor de la luz. Y ahí estaba ella, frente a mí, como una estatua.

La contemplé varios segundos, estudiando y analizando la perfección de su rostro. Luego, vi como sus labios se curvaban en una media luna, mostrando una amplia sonrisa.

Me tomó de la mano y me llevó hacia la cama, en donde nos sentamos. En un silencio absoluto, me perdí en su mirada persuasiva.

¿Qué tienes que me domina?, pensé.

No quería despertar, no quería volver a la realidad.

Y entonces empecé a llorar, pero no de tristeza, sino porque era increíblemente hermosa; resultaba difícil encontrar las palabras para describirla.

«Un ángel caído del cielo.»

Puse mi mano en su pecho y aprecié los latidos de su corazón, tranquilos y agradables. Me acarició la mejilla, y luego inclinó su rostro hacia adelante para besarme.

Y allí estaba yo, lejos de la realidad, listo para apreciar como sus labios se acomodaban a los míos.

***

La lluvia caía a gran velocidad del cielo, mientras que la luz de los relámpagos se colaba dentro del cuarto.

Busqué mi celular debajo de la almohada; eran las tres y veintitrés de la madrugada. Todavía faltaba una hora y treinta y siete minutos para levantarme de la cama, por lo que empecé a contar ovejas hasta

quedarme dormido otra vez.

***

Desde el otro lado del salón de clases, sus ojos marrones me devolvían lo que parecía ser una mirada complacida. Sus dos mejores amigos también estaban ahí, sentados a su lado, haciendo que la sangre me hirviera por más de que llegaran a ser unos tipos amigables.

Los acechaba con la mirada mientras hablaban y reían, comportándose al igual que unos completos inmaduros.

La campana anunció la hora del recreo, por lo que salí corriendo para ocupar una mesa en la cafetería.

Varios amigos me acompañaron, quienes me ayudaban a no pensar en ella por un momento, hasta que noté su presencia al otro lado de la cafetería. Su rostro era tan hermoso, que era imposible dejar de mirarlo.

Impotente, vi como uno de los tipos la abrazaba, al tiempo en que le susurraba al otro algo al oído. Luego, le estampó un beso la mejilla.

Después de eso, todo pasó muy rápido.

Me puse de pie de un salto y caminé lentamente hacia ellos mientras que una de mis amigas llamaba mi nombre, confundida. Al llegar a su mesa, me lancé encima de su amigo como un depredador con su presa teniendo en la mira.

Caímos al suelo, llamando la atención de todos los que estaban en la cafetería. Antes de que pudiera darle el puñetazo, alguien me sujetó por los brazos y me hizo a un lado bruscamente.

Luchando desesperadamente, con el cuerpo poseído por los celos, vi cómo lo ayudaba a ponerse de pie.

—¡¿Qué es lo que te pasa?! —exclamó, furiosa.

—Yo…

—¡Cállate! —dijo mientras que un profesor se acercaba para ver qué ocurría.

Abandoné el lugar sin pensarlo dos veces, ignorando todas las miradas puestas en mí.

***

Sentando en un pupitre al lado de la ventana, sin nada qué hacer, pues el profesor no había ido al colegio, soportaba el desorden de los gorilas que tenía por compañeros, hasta que la campana me notificó que podía salir del salón.

Mientras organizaba las cosas en mi mochila, les di varios segundos a los tres para que pudieran alejarse lo suficiente.

Menos mal no se le dieron muchas vueltas al incidente en la cafetería, pues habría tenido que lidiar con un reporte disciplinario.

Al llegar al bus, ocupé el primer asiento disponible que encontré y me puse los audífonos en los oídos. Aumenté el volumen hasta que me dolieron, esperando a estar a salvo en mi hogar, en mi cuarto, sin dejar de pensar en ella.

***

Me he vuelto loco, pensé.

Corría en dirección a su casa, la cual se hallaba a unas ocho cuadras de la mía. Iba tan rápido como podía, hasta que la garganta y los pulmones me ardieron. Justo cuando llegué, la vi bajando la pequeña escalinata del pórtico.

Sin que se hubiera percatado de mi presencia, corrí hacia ella y la abracé; su olor era delicioso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, frunciendo el ceño, entre la rabia y la confusión, y también la vergüenza.

—Tengo que hablar contigo.

Consultó la hora en su reloj de muñeca y dijo:

—Que sea rápido, ¿sí?

Hubo varios segundos de silencio, hasta que lo rompí con mi voz.

—Ya no lo soporto más… —Pausé—. Necesito que me digas si luchar… por ti es algo que valdría la pena. —Frunció el ceño otra vez—. Quiero saber si debo luchar… por lo que quiero o si debería darme por vencido de una buena vez.

—Oh —dijo, dando un paso atrás, envueltos ahora en el silencio incómodo—. Pues… —Pero antes de que pudiera responderme, sus amigos

llamaron a su nombre desde el otro lado de la calle.

Uno de ellos le hizo una señal para que acercara, intercambiando una mirada de confusión con el otro cuando se percataron de mi presencia.

—Es mejor que te vayas. Hablaremos en otro momento, si quieres.

—¡No, hablemos ahora! —exigí, tomándola por los brazos—. ¿Cómo diablos te hago entender que lo único que quiero es tu amistad y ser importante para ti? —mentí, sin poder hallar las palabras para confesar lo que en verdad sentía por ella.

—Oye… —La expresión en su rostro demostraba incomodidad.

—Por favor.

—¡Suéltame! —Y tras librarse de mis manos, respiró hondo y prosiguió—: Si te soy sincera, ellos —Señaló a sus amigos con la mirada— son los que ya forman parte de mi vida y no los voy a dejar ir. Contigo es… diferente. Yo no te veo de esa manera. Creo que lo mejor es que te vayas y trates de olvidarte… —Cerró la boca de golpe.

Llevó su mano hasta mi mejilla y la acarició suavemente. Y luego, con un hilo de voz, dijo—: Adiós.

Cuando se reunió con ellos, los vi desaparecer al girar en la esquina.

Te odio, estúpida chica del rostro perfecto, pensé.

Ese era el fin, el fin de todo.

Tenía que aceptar la pérdida respecto a la oportunidad de un posible futuro junto a ella; solamente me quedaba llorar hasta tener los ojos hinchados, pero no.

Había derramado tantas lágrimas por ella en el pasado, en distintas ocasiones. Pero ahora que sí había una buena razón para hacerlo, no lo hice.

En lugar de sentirme impotente y vulnerable, me sentía libre, sin entender por qué.

Tan solo corrí devuelta a casa, dispuesto a continuar con mi vida sin que aquel amor no correspondido se entrometiera, dejando que tanto ella como todos los malos recuerdos desaparecieran a mis espaldas.

Capítulo 6

Obsesión

El sol todavía se hallaba detrás de las montañas cuando el bus del colegio se detuvo al otro lado de la calle.

Rápidamente, sin querer hacer esperar al conductor, me entregué al frío de la mañana y ocupé el primer asiento disponible que vi cuando subí al bus.

Durante un buen rato, me perdí en las canciones del iPod, pero estas no eran capaces de alejarla de mis pensamientos.

Hasta este punto de mi obsesión por ella, me preguntaba si un psicólogo podía ayudarme o incluso si era necesario internarme en alguna especie de centro médico en donde ayudaran a aquellos con amores exagerados. Sin embargo, también valía la pena tener en cuenta mis deseos carnales y pensamientos violentos para con ella.

Cualquier romántico empedernido señalaría la personalidad como lo único importante al momento de fijarse en una persona, pero mi obsesión por ella era algo físico, en donde su belleza interna resultaba asquerosa. Asimismo, lo más mórbido de la situación eran mis descontroladas ambiciones, al tiempo en que luchaba con el tormento de tener que verla todos los días, preguntándome cómo luciría el cuerpo oculto detrás de su vestimenta.

Su sola existencia había provocado en mí una enfermedad, la cual no iba a dejarme en paz hasta satisfacer alguno de los deseos dentro de mi cabeza.

Viendo las instalaciones del colegio a través de la ventana, me llevé la mochila al hombro, preparándome para soportar el tormento diario causado por aquella enfermedad obsesiva.

Capítulo 7

Exaltación

Anochecía.

La luna tomaba posesión del cielo y mis oídos escuchaban lo que parecía ser el aullido de un lobo.

Mis pies, descalzos, sentían la suave textura de la hierba húmeda y, en poco tiempo, la brisa empezó a azotarme el rostro.

Ella se encontraba a varios pasos de distancia. Cuando su mirada seductora se posa en mí, el color de sus ojos comenzó a dominarme.

Aquella reunión nos pertenecía, únicamente, a ella y a mí; nadie o nada más se encontraba ahí, salvo la belleza de su rostro.

Me preguntaba si todo se trataba simplemente de un sueño, pues mi cuerpo no respondía a los movimientos que le ordenaba; fue cuestión de segundos para que mis piernas anduvieran a un paso acelerado, en contra de mi voluntad.

No quería caer en su tentación, por lo que luchaba en contra de mis piernas, las cuales ansiaban llegar hasta ella. Era extraño, pues en el mundo de los sueños el movimiento es un gusto que, por desgracia, no podemos darnos.

Seguía luchando, pero resultaba en vano. Las piernas me ganaban, y lo único que hacía era observarla, sin pensar en otra cosa

Mi corazón latía con fuerza, desesperado por salirse de mi pecho.

La noche había llegado, y ahora la luna brillaba con vanidad. La brisa era muy refrescante y hacía que el tétrico sonido de las hojas de los árboles agitadas por esta me llegara a los oídos.

Finalmente, nos encontramos cara a cara, sin desviar nuestras miradas; era un momento de nerviosismo y excitación.

Contemplaba su rostro, bañado por la luz de la luna; sus ojos hacían que mis labios empezaran a temblar, mientras que los de ella, carnosos, hacían que se me hiciera agua la boca, deseando llevar a cabo mis deseos. Su cabello, negro como la noche, caía sobre sus hombros, llegando casi a la cintura.

Ninguno hablaba; ninguno se movía.

De repente, todo a nuestro alrededor empezó a desaparecer: la luna se evaporó, y ya ni la brisa ni las hojas agitadas por esta se escuchaban, al igual que los árboles se habían esfumado. Luego, la intranquilidad se apoderó de mí.

¿De regreso a la realidad?, pensé.

Para el momento en que todo ya había desaparecido, ella también parecía estar desvaneciéndose ante mis ojos.

Piensa rápido, pensé para mis adentros.

Tomé su rostro entre mis manos cuando pude reaccionar, pero antes de que mis labios pudieran acariciar los suyos, el silencio y la oscuridad lo invadieron todo. Y después… Nada.

Capítulo 8

KIDNAPPED

Chapter I: Out of the blue

I woke up.

All I could feel were my heart beats, pummeling uncontrollably my chest.

There was only silence, and dark around me; nothing else.

"Where the hell am I?”

After a few seconds with my eyes opened, the darkness went kind of cloudy, like a bedroom's darkness exposed to the moonlight by the window. With my eyes burning at that moment, I tried to stand up, but then I realized that I was fettered to a pipe.

"What the...?"

I shook my arms in a foolish attempt to escape, but it didn't work.

"Help," I tried to yell; my throat was dry. "Help," I repeated, "somebody, please."

"Shh, shh," I heard someone whispered in the dark.

"Who's there?" I asked, desperate, trying to see something, repeating a horror movie dialogue.

"Shh, shh."

"Am I dead?" I thought aloud.

"Not at all, James" said a deep voice.

"How do you know my name? Who are you? Where am I?"

Now I was able to visualize a silhouette in the dark, approaching slowly to me.

"Who are you?" I asked again, immobilized.

"Don't you remember anything, pal?" The man lit a cigarette.

"Remember what?"

"How you got here, of course."

Then, out of nowhere, vague memories took advantage on my thoughts.

***

When my girlfriend Leann, her brother Xavier, and his girlfriend Chloe arrived to my place, the pink sunset had already taken over the sky, behind the mountains.

Both girls were wearing fancy clothes, even though it was too early. We know women: always looking good, no matter what. Xavier was dressed more casual, the perfect outfit for a guy on a Saturday night party.

"Hey, babe," said Leann, kissing my lips.

"What's up?"

Xavier was taking out of his car's trunk some huge coolers that seemed way too heavy, probably full of beers.

"Tonight we're rocking, dude," he yelled, giving me a bear hug after placing the coolers at the entrance. And he was right.

Three hours later, the music of the party was at full blast, so loud that my ears were hurting. My parents were out of town that weekend, so I was able to throw a party in order to celebrate the final exam's week ending.

Although I had the entire house for myself during the weekend, I had to bribe my dad's driver so he would shut his mouth; I didn't want any trouble by the time they were back.

By midnight, most of my friends were drunk since the amount of alcohol provided by Xavier was, somehow, unlimited. I didn't take a look at the coolers he had brought, so I didn't know what people had been drinking, apart from beer.

Leann, who was pushing aside the ones at the dancefloor (which was actually the center of the living room after moving the furniture) to reach me, had drank at least five of them. She was kind of weak when dealing with alcohol, so by that time she was already 'happy'.

"Let's get you dancing, babe," said Leann, drinking. "C'mon."

She was so drunk that she could barely dance to the rhythm of the music. Anyway, it was impossible to prevent people from going drunk, being me

the one in charge to look after everything: the house, my friends, and specially my girl. But where was Xavier? And Chloe?

We kept dancing for a while, with my hands around her waist, until something really odd happened.

A loud chorus of "boo's" came across the living room when the music and the lights went out.

I wasn't quite sure of what had happened; only that it was weird, very weird.

"James?" Leann called.

"Right here, babe." I grabbed her hands. "Stay here. I'll go check on that."

Since my eyes got used to the lights, it was way too dark now to see where I was going, so I grabbed my phone to use it as a flashlight.

"Yo, man! What happened with the music?", someone yelled.

"Everybody just stay where you are! I'll be right back!"

I went to the kitchen to take a look at the electrical control panel. I was completely sure that some drunk guy had been messing with it until turning down the electricity.

I was running out of battery, so the light of my phone wasn't much of a help, neither to see the person that was lying down in the floor, which I tripped with, crashing my phone in the floor.

"Shit...!"

Really? Someone had passed out on my kitchen's floor? I didn't keep in mind how crazy my friends could be, especially when it was about partying.

I tried to wake him up, but he wouldn't react, so I turned around his body and that was when a saw it.

I let out a gasp, covering my mouth. My heart began to beat faster; it scared the hell out of me.

There was a puddle of blood around his head, but that wasn't the worse. It wasn't one of my friends; it was Carl, my dad's driver.

"Carl?" I shook his body. No answer.

I stood up, confused, looking at the body in horror, when I heard it: shouting coming from the living room; they were shocking and worrying.

All I was thinking about now was Leann, my girl since eighth grade, alone and exposed to whatever was causing the shouting.

I was about to go after her, when I saw a shade walking towards the kitchen's door. At the beginning, I thought that probably it was a friend who was trying to hide, but the shade seemed so frightening and mysterious, that I threw myself behind the kitchen counter, curled up.

Above the shouting, I could hear loud and clear footsteps. I covered my mouth with my hand so my heavy breathing wouldn't expose me.

I couldn't stop thinking about Leann. By now, whoever was in the house would have taken advantage over her, or maybe not. Maybe she got the chance to reach the front door and escape. But if it wasn't like that?

At this point, I couldn't hear the shouting, neither the footsteps; whoever had got into the kitchen was gone now, or at least that's what I thought until...

With my mouth still covered and with a strange sensation, I looked up. There, staring right at me, was an eerie man, with a creepy white mask and a black cap on his head. I tried to scream, but I couldn't; I was creeped out enough.

Before I could stand up, or say anything, or trying any movement, he threw his arm backwards and stamped his gun on my forehead. When I collapsed on the floor, he extended his arms to grab me, but my eyes were already shut down.

Capítulo 9

KIDNAPPED

Chapter II: Off balance

At first, when I woke up, I thought everything had been just a nightmare: that we were still in finals week, that there was still one week until the party. But a couple of seconds later, I realized I was wrong.

Although I was gagged, with my hands and feet tied up, and blindfolded, I knew I was in a vehicle, maybe a van.

"Oh, God."

I kept quiet, careful not to do anything to draw the attention.

I couldn't stop thinking about my friends, about Leann. Where were they?

I didn't understand what was going on, only that I was being taken away. By who? I had no idea; it was all so confusing.

Close to me, I could hear two people whispering, probably to prevent me to listen what they were talking about.

Suddenly, the van came to a stop and the doors opened. The tape that was holding my ankles was cut off, and then someone got me off the van violently.

"I would stay quiet if I were you," said a voice, unrecognizable.

I obeyed.

I was still blindfolded, so I didn't know where they were taking me, neither where I was.

Grabbing me by the arms, they kept me walking for a while. Then, I heard when another door opened, and they pushed me inside a room.

"Get on your knees," said the same voice.

I still wasn't able to see anything when they started to put chains around my ankles, still with my wrists tied up.

"Good boy."

Even though I was scared, I thought it would be better not to do anything that would piss them off, and stay still until figuring out what to do. But then, aggressively, one of them tried to put a plastic bag on my head. I tried to get it away from me, but they hold me still.

Thereafter, I didn't know either if the dark was due to because of the blindfold or if I had passed out; it was just dark, dark everywhere.

***

The man was kind enough to remove the blindfold, or at least I thought it was him, although he kept ignoring my questions; he just smoked.

I couldn't recognize his voice at all, so there wasn't much to do, only to wait.

"You know," he inhaled the cigarette and threw out the smoke, "I'm real sorry we had to call off your party. It seemed that you guys were having fun."

"Where are my friends?" I asked, crying.

"That's not of your concern anymore, pal." He threw the cigarette to the ground, and stepped on it.

"What did you assholes do to them?!"

He laughed.

"I guess your beloved Leann must be equally confused," he rubbed his chin. "Sure she'll love it, no matter what."

My blood was boiling.

"If you lay one finger on her..."

"You'll do what?"

Before leaving the room, he turned on the lights, which blinded me for a couple of seconds.

"Enjoy your stay", he said, slamming the door behind him.

The lights were way too strong, so they kept me blind for almost a minute. After that, I knew the man had turned them on on purpose.

I was stuck in an old bathroom, but that wasn't the issue.

I screamed in panic watching, covered with blood, three friends of mine. They were Mike, Sean and Zoe, fettered as well. Where they dead?

I was feeling desperate, and angry, but still scared.

I couldn't think about Leann or Seth being in that same situation, so I managed to free and break myself free from the tape and the chains. It wasn't easy, but after trying several times I got it, hurting my wrists and my ankles; they were bleeding.

I went to check on my friends, hoping they were still breathing. Nothing. They were gone.

After finding the door which the man had gone out through, limping, I started looking for something to open it, a piece of pipe or whatever I could use. But for some reason, it wasn't locked.

When I opened it, as quiet as possible, I didn't see anything outside, just a long and dark hallway. I walked along it, looking for an exit, a way out of there, or even the rest of my friends: Xavier, and Leann; I couldn't leave without them.

Down the hallway, there was a dirty window. I wasn't able to see much through it, and smashing it was neither a possibility, since I could startle the ones who had done this.

When I turned around the corner, I found myself in another hallway, with doors on each side, probably the rooms where they kept my friends. I was afraid that if I kept opening one by one, looking for them, I would come across one the kidnappers, but it didn't stop me.

I opened the first one, noiseless, and checked inside with a quick glance. Nothing. I did the same with the second one. Nothing. Now, the third one was way too heavy, as it if was stuck or something, so I had to kick it. And there they were, Xavier and Leann, fettered and gagged as well, but still breathing. It was another old bathroom, more dirty and smelly that the other one, but more enlightened.

When I was walking towards them, I heard some quick footsteps coming from outside, so I quickly hid behind the bathtub. Then, someone entered the bathroom.

Once again, I covered my face with my hand; the sensation of knowing that one of them was close was too scary.

I waited there, hiding, for seconds that seemed hours. There was so much silence, that I couldn’t tell if the person was still in the bathroom, or gone. More footsteps, and then silence again. I peeked over the bathtub, and saw that the person was gone.

Ah, what a sigh of relief!

Although my arms were hurting, a lot, I was able to break Leann and Xavier free with a rock I had found, but waking them up wasn't easy; they were still stunned.

Xavier was really bad; he had a wound on his forehead, probably caused by a blow to his head. Leann wouldn't wake up, so I had to use some tap water.

"What the hell happened? Where are we?" Xavier asked, touching the wound; he groaned.

"I've been asking myself exactly the same."

Leann was quiet, but she was crying.

"Don't worry. We're going to get out of here."

We went out into the hallway, where we looked for a way out of there, looking at our sides in case there was someone coming.

We were able to reach the first floor through the stairs, where we found what it seemed to be the main entrance. We didn't think twice about leaving, or going outside, but Xavier did.

When Leann and I began walking to the door, we realized that Xavier had stopped, without moving at all, staring at us.

"What's wrong?" I asked, waving my hand; it still hurt.

"We have to go, X. Now," said Leann.

He looked down, frowning.

"We can't leave," he said, shaking his head.

Leann and I looked at each other, asking ourselves what he was thinking about. But then, we knew it when he thought aloud.

"Where's Chloe?"

Capítulo 10

KIDNAPPED

Chapter III: Helplessly

His girlfriend was still missing, but... Where was she?

When I heard Xavier calling for Chloe out loud, instinctively, I threw myself on top of him, knocking him to the floor, while I covered his mouth.

"Are you crazy?" I whispered hard. "You're going to get us killed."

"I want my girlfriend back!" he mumbled.

Then, as if I were the enemy, he kicked me out of the way, stood up and ran back upstairs, leaving his sister and I on our own.

"Xavi...!" Leann yelled, but I managed to cover her mouth on time; I didn't want us to get caught.

I shook my head, indicating her that the best thing to do was to remain calm and, most important, to be quiet.

We just stood there, in an awkward silence, just waiting: waiting for Xavier to come back, waiting for Chloe, hoping she was still alive… waiting for anything, even death.

While seconds seemed like hours, neither Leann nor I pronounced a word, or made a movement; we just kept looking at each other.

"Tell me this is a nightmare," Leann was crying, "None of this is real."

I hugged her, trying to calm her down.

Even though I was scared as hell, I was only going to make the situation go worse if I demonstrated that, so I just hugged her, I hugged her hard.

"I love you," she said.

"I love you too."

Out of nowhere, a shotgun broke the silence between us, asking ourselves what the hell had just happened, with horror expressions in our faces. I could see in her eyes she was sure that we were lost now, that it was the

end.

Then, I heard some footsteps coming from upstairs. At the beginning, we didn't know how to react, so we just looked somewhere to hide. But before we could do so, Xavier emerged from the dark above, rolling down the stairs.

"Xavier," Leann whispered.

When we went to help him out, we realized that he was covering his belly, and then we saw it: a circle of blood on his shirt; he had been shot.

While staring at him in mute horror, I could see that, indeed, the wound was deep, and that he was dying; we were losing him.

"Stay with me, man," I said, trying to take control over the situation.

"Take... Take...," he had difficulties to speak. "Take care..."

Leann was still crying.

"C'mon, man," I replied. "Stay with me! Breathe, breathe, breathe."

"Take care of...," his eyes were shutting down, "my sister."

"Xavier!" Leann yelled.

At that precise moment, once again I heard footsteps, but, whoever it was, they were running, and they were coming downstairs.

"C'mon, babe," I said, taking her by the arm. "We have to go."

"No!" she replied, wanting to stay with her brother.

"There's no time. Let's go!"

My heart was pumping hard, and my throat was dry, when we reached the front door. I couldn't believe it: it was locked!

"Damn it!"

I turned back, holding Leann's hand, looking for somewhere to hide, when I saw shades approaching to the stairs' edge.

We went inside the first room we found: the kitchen. It was old and dirty, with cockroaches walking on the floor and the counters; there was also a

rat in the sink.

Seconds later, I heard them again; there was someone right outside. I kept pressure on the door with my arm, in case he wanted to get in, without letting go Leann's hand.

Even though I was concentrated on the door, I realized that there was a window behind the fridge. That was it! That was our way out of there.

I told Leann to watch after the door while I went to check the window out. I pushed the fridge to one side, and I could see, besides it was still dark, that we were somewhere at the countryside; there was just a huge ground, with long grass, but no people at all. No farms, no roads... No nothing.

Quietly, I broke the glass with a chair, and then used it to jam the door, not for much longer, of course.

"We don't know where to go," said Leann. The pain inside her was inevitable, it wouldn't go away.

When I saw the door knob was moving, we hurried. Once outside, we started to run as fast as we could.

"Just keep running," I ordered her.

She ignored me, being somewhere else inside her mind. Although we had escaped, or at least that was what we thought, we were without energy.

Xavier was gone, forever, in a blink of an eye. Leann had lost her brother, and perhaps her best friend, since there were no signs of Chloe. Maybe she was still back at the house, but we couldn't go back. The only thing that mattered to me in that moment was to get us both, Leann and I, out of there.

Walking now to catch our breath, noticing that we were far away from the house now, I noticed that there was a large blood stain on Leann's shoulder, but not a bullet wound; maybe she had cut with the window's glass.

"You're hurt...," I said, trying to check on her.

"It’s nothing..." She shook her body, as if she didn't want to be touched.

Suddenly, out of nowhere, we heard quick footsteps behind us, on the grass, and there they were, three of them, wearing that awful white mask

and the black cap, the same as in the party.

"Leann, run!"

I could only think about my girlfriend's safety, so we just kept running, until having our lungs dry.

Then, I heard another gunshot, but it didn't hit us. While running, Leann stumbled. I went back to help her, but the three men took advantage of that.

They shot one more time, this time hitting me on the shoulder. I groaned in pain, the most horrible pain I had felt until now. Leann was defenseless, at the mercy of those bastards.

Although I couldn't concentrate in anything else but the pain in my shoulder, I could hear Leann calling for help. One of them slapped her, trying to shut her up.

"Quiet, sugar," I could heard beneath the mask.

I couldn't move at all, I was still in pain, helplessly; there was nothing I could do.

"Leann!" I yelled, although I couldn't see her.

I turned around on the ground, confused. I began to lose track of time, I didn't know where I was.

Mumbling, before passing out, I managed to see how, in the distance, the love of my life was taken away from me.

Capítulo 11

KIDNAPPED

Chapter IV: Who is behind the mask?

They left me lying on the ground, thinking I was dead. When I got back to myself, the sky was clearer; dawn was breaking.

I was disconcerted, and the pain in my shoulder was killing me.

I was trying to analyze what had happened when it began to rain, a smooth rain, and soon it started to get cold; my teeth chattered.

I wasn't able to move at all since the pain wouldn't allow me, but the mere fact of my love for Leann gave me enough strength to stand up, and go back to that awful house.

I ran as fast as I could, watching my back in case the men reappeared, covering the wound with my hand. Apparently, I hadn't lost too much blood, although it looked pretty serious. I gave no importance to it and kept running; all I wanted was Leann in my arms.

I wasn't glad at all to see the house again and neither about going inside, but it didn't matter because Leann was there; she was waiting for me.

I went back inside through the same window I went out, discarding someone's presence in the kitchen. The chair I had used to jam de door was now on the floor and the door was opened. Every step I made, I made it quietly because I knew they were around; I could feel them.

Although the hall room between the front door and the stairs was empty, there was something different.

Xavier's body was gone! What would they have done with him?

The front door was opened as well. Could Leann have been able to escape?

When I poke my head carefully to check the front porch, that's when I heard it: a scream coming from upstairs. It was piercing, like the ones you hear in horror movies, and I knew it was Leann.

I went running upstairs, following the sound of the scream, stomping the wooden steps, no matter how noisy I could be. But then, I knew that had

been a mistake.

Before I could reach the last step, I found myself with a punch to the face. I rolled down the stairs, falling on my shoulder; I groaned in pain.

Even though it was breaking dawn, it was still dark inside the house, but not enough to avoid seeing a man with the mask, coming downstairs, slowly. The next thing I knew was that I had to be quick.

Despite the pain, I stood up and went back to the kitchen, where I jammed the door again with the chair. Seconds later, I heard footsteps on the other side, and then kicking on the door. I couldn't stay there, waiting for him to kick it down.

I went outside through the window, and then back in through the front door, not before grabbing a huge and hard wooden plank I had found beneath the porch's stairs.

Carefully, I walked towards the man, who was still kicking the door, and smacked him with the wooden plank on the head, knocking him out.

Now on the floor, I realized I had the chance to know who he was just by taking off the mask, but I didn't have time; I had to get to Leann.

I went upstairs again, holding tight the wooden plank, when I heard her screaming one more time. I knew it was coming from the bathroom I had found her along with Xavier, so I didn't think twice about looking there. But when I opened the door, the scene that I found was so horrid and gruesome, that I couldn't hold back the tears.

Leann was lying in the bathtub, now full of ice; she was trembling and her teeth were chattering. Next to the bathtub, sitting in a stool, there was another man, with a scalpel in the right hand and wearing latex gloves as well. And next to him, leaning against the wall idly, with crossed arms, there was the other man; both of them were still wearing the same white mask and the black cap.

A dreadful feeling went through my body from head to toe when I saw both masks settled on me, tilting their heads.

The one in the stool looked at the one standing up and then, suddenly, he threw himself over me and knocked me to the floor. He grabbed me by the neck with both hands, and began to strangle me, while the other man, and even Leann, helpless, watched in silence.

I blacked out for a moment, since the man was strong indeed, but I managed to reach the wooden plank, that wasn't too far, while he was still strangling me, and smacked him with it, just like I did before. He fell to

my side, knocked out.

While trying to catch my breath and pull myself, I looked at the other man. He was still sitting on the stool, without moving, playing with the scalpel, as if his partner wasn't important for him at all. But then, he stood up and began to come closer to me, walking slowly, now holding the scalpel tight. I saw that Leann wanted to say something, but she couldn't; he just closed her eyes, terrified.

"I knew you'd make it, pal", he said. I couldn't recognize his voice, but I knew he was the first man I had talked to, the one with the cigarette. "You have guts."

"What did you do to her?" I asked, holding my shoulder; it hurt a lot.

The man gave Leann a quick glance, who was still trembling, and then looked back at me.

"We were just talking," he said, "You know, spending some quality time. We have become very good friends, isn't that right, sugar?" He looked at her again.

"Don't you dare to call her that!"

He laughed.

"Why are you doing this to us?" I asked angry, but stricken as well.

He kept laughing, and then came closer to me, nailing those horrible eyes into mine.

"You know, pal," he said, pointing at me with the scalpel, "I thought you were witted. It's kind of romantic to believe yourself as the hero, and come back to safe her, but it ain't enough. There has to be more! I want more! Give me more!"

He was completely delusional, but that wasn't the worst. He had said something that couldn't fit in the conversation.

"I hate when you play the rebellious boy, you know." He pointed at me again with the scalpel. "Your parents made themselves quite clear when they said 'No parties!'"

I frowned.

"What the...?"

He gave a last laugh, and then removed the mask.

Capítulo 12

KIDNAPPED

Chapter V: Farewell

I gasped. I couldn't believe it.

"Surprise!", he exclaimed, smiling.

"Carl...?"

"You didn't see that comin', didn't 'cha? "

Speechless, I heard how the wooden plank hit the ground.

"What's wrong, pal'?", he asked and, quoting the clown from *It*, replied "Aren't cha gonna say... 'Hello!'?"

I opened my mouth, but I couldn't speak.

"But..." I tried to do my best. "You can't be..."

"Ah, sure I can!" His look got serious. "I know you think I'm just an insignificant driver, but let me tell you somethin': Don't underestimate me, daddy's boy!"

"But... Why? Why did you do this to us?"

When I threw myself over him, wrathful, he pushed me so hard that I almost fell down, and then pointed at me with the scalpel.

"For all the shit you've given me since I started working with you family, you...!" He managed to shut his mouth, closing his eyes. "You know, your parents are so ungrateful to have you as their son. Pity."

"What did you do to her?" I demanded, looking at Leann.

"Nice subject change," he said, smiling again.

Leann had stopped shaking but, with her eyes closed, she seemed to be dreaming and, for some unknown reason, she was smiling.

"You'll not get away with this!"

"Of course I will!"

Carl was a lunatic, and there wasn't much I could do. I wanted to get Leann out of there, but how? I had to get that jerk out of my way.

I've always had a bad feeling about him, and maybe that's why I used to treat him like some sort of outsider.

For a moment, I thought everything was lost, and Carl would indeed have the chance to get rid of us easily, but then I saw my opportunity.

"I guess you're not man enough for her," he said, laughing again, and then turned around to look at Leann. When I saw her pale expression, I wanted to cry. It was like... she wasn't there at all. But then, I realized that Carl was too distracted looking at her, as if thinking what was he going to do with her now.

Slowly and quietly, I grabbed the wooden plank to hit him, wanting to end this once and for all, but there was a problem: I wasn't quick enough.

When I threw the wooden plank backwards, taking impulse to strike him, he turned around and kicked me in the ribs; the wooden plank landed on the floor again, and so did I.

"Not so fast, daddy's boy!" He laughed loudly.

I groaned; the pain was horrible than ever, and my shoulder was killing me.

I looked at Carl's partner, who was still lying on the floor, and the blood river that was crossing the bathroom's floor.

"Don't play hard, dear James."

By now, I had to admit that he was a very good actor. How come my parents didn't realize about this attitude, or even me? We had a psychopath working at our house!

"You'll rot in jail," I said, groaning.

"Yeah... I don't think so," he shook his head, smiling. "Who's going to help you anyway? I say you should get over... your fake friends, your hypocrite of a father, your useless of a mother... your whore of a girlfriend. You're alone!"

"Shut up!" I yelled, "Shut up! Shut up! Shut up!"

I gained strength God knows from where, and threw myself over him. We fell down to the floor, almost hitting my head with the corner of the bathtub. I heard Carl sward.

Then, he grabbed me by the neck, being choked again, but this time it was worst; I couldn't breathe.

"Die already, you...!"

For a couple of seconds, I went dizzy and, somehow, I began to see... things in my head, but I couldn't give up.

I looked around, but there was nothing. If I didn't do something soon, it'll be over for Leann and me.

With all the strength I had, I kicked him right in the crotch; I coughed when my neck broke free.

Carl fell down next to me, covering with his hands, squirming in pain.

Although I was still dizzy, I had to be quick. I looked for the door, but I couldn't leave without Leann.

When I checked on her, Carl was managing to get up and attacked me one more time. Since I couldn't let that to happen, I quickly grabbed the scalpel, next to Carl's foot, and that's when he threw himself over me again, leaning. I stretched my arm, with the scalpel pointing at him, and then, out of nowhere, it nailed his eye.

His shout was piercing; now, his pain was twice.

The blood started to come out of his eye abundantly, and he wouldn't stop screaming. When he looked at me, I knew he wasn't going to give up at all, so quickly I looked for the wooden plank to smash it right into his head.

I knocked him out; it was over, or at least that was what I thought.

Carefully, I checked on him and his partner; nothing. They weren't here, and there was more blood on the floor now. But all that mattered to me in that moment was Leann.

When I went to check on her, she was still smiling.

"Babe," I said, touching her cheek softly, "Are you okay?"

She was freezing, and wouldn't answer.

"Babe?"

Nothing.

Then I realized... She was gone.

"Leann?!"

I was very confused.

"Babe! Wake up!"

Nothing.

The first thing I did was to get her out of the bathtub, only to take a look at something that was… inhumane.

Her blouse had been taken off, only wearing her bra; on her body's right side there was a huge wound that had been stitched. I didn't have to be too smart to know what they have done to her.

"Oh, God..." I began to cry, hugging her; her body was cold.

I didn't know what to do, but to cry, cry what I hadn't cry in my whole life.

For a moment, I saw in my head all the good moments we went through, since the day I met her, back in sixth grade until now, but she was gone.

Although her face was pale, it was still beautiful; I loved her so much.

I took her in my arms, like in a weeding day, and left the bathroom, not without looking at Carl and his partner one more time. They were still on the floor, unconscious, or even death; I wished that. They had blood all around them, so I guessed that was it.

"Fuck you," I said, spitting on them.

When I made it out of the house, passing by Carl's other partner, who was still unconscious as well, the sun's rays hit my face, blinding my eyes for a few seconds. Even though it was sunny, there were a few drops of rain that kept falling down.

I took a look at my shoulder: it was kind of purple; the wound was

infected, I knew it.

Suddenly, as I walked, heading to a road I saw in the distance, I felt someone grabbed my arm.

I startled, almost screaming.

I almost threw myself to run or even attack the one who was behind me, but, after seeing who it was, I didn't.

"Chloe!"

She didn't look well; she had a blow to the forehead, as well as to her lip.

"I thought you were..."

"Yeah, me too," she could barely talk. "God...," she whispered, looking at Leann. "Is she...?

I nodded.

"And Xavier...?"

I shook my head.

She began to cry, covering her face.

"There's nothing we can do," I gasped.

She touched her best friend's –and sister in law's– head. I knew it was hard for her as it was for me; they knew each other before I even met Leann. I remembered Chloe didn't like me at the beginning.

We just stood there, and cry.

I still couldn't believe they were gone, all caused by the madness of a maniac. People use to say that things happen for a reason, but I didn't understand what was the purpose of Leann's death, or Xavier's, or the rest of our friends.

We thought that there was no sense in staying there no longer, thinking about death.

I gave Chloe a little smile, trying to cheer her up, but it was hard, really hard. I guessed we wanted to be death as well.

Holding my girlfriend tight, I gave a last look to the house, and then we

began to walk, with our sights ahead, trying to leave behind that horrible nightmare.

Capítulo 13

Tragedia perfecta

Daniel

El momento junto a ella era maravilloso, y excitante al mismo tiempo, hasta que una sensación de ofuscación lo invadió todo.

Sus ojos sollozantes tan solo me miraban, haciendo que una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo.

Quería preguntarle qué ocurría, pero no podía encontrar las palabras; me quedé encerrado en el silencio, contemplando su rostro.

Todavía atrapado en medio de la confusión, sus labios volvieron a juntarse con los míos suavemente, mientras que las lágrimas bajaban por sus mejillas.

Después de eso, todo fue oscuridad sepulcral.

***

Mis padres habían sido invitados a una cena en casa de la odiosa esposa del hermano de mi mamá, la mujer del peinado ridículo.

Su ausencia era de mucha ayuda, pues ese mismo día, junto con Elisa, el amor de mi vida, celebrábamos tres años de nuestra hermosa relación.

Todavía recordaba la primera vez que la había visto: sus ojos marrones, sus mejillas rosadas y su cabello castaño sobre su hombro en una encantadora cola de caballo.

Luego de robar una botella del vino favorito de mi papá, organicé toda la casa para que la celebración de nuestro aniversario fuera la mejor de todas.

Con grandes velas ubicadas en varios rincones de la casa, ubiqué un camino de pétalos de rosas que iba desde la entrada principal, pasando por la sala de estar, hasta mi cuarto, en donde habíamos vivido momentos inolvidables.

Mientras que terminaba de organizar los últimos detalles, escuché que alguien llamó a la puerta.

Rápidamente, verificando que todo estuviera en orden, puse nuestra canción en el reproductor de música para darle un toque final a la

sorpresa.

Miré por el ojo mágico de la puerta para verificar que se trataba de Elisa, tan bella como siempre. Por un segundo, creí ver lo que parecía ser un par de ojos húmedos. Quise convencerme a mí mismo de que no pasaba nada, por lo que simplemente abrí un poco la puerta y corrí en silencio al cuarto, con cuidado de no estropear el camino de pétalos. Ahora, solamente había que esperar.

Era algo extraño el amor que sentía por ella, llegando incluso a preguntarme si existía alguien en el mundo que amara a alguien al igual que yo amaba a Elisa. A veces, le dedicaba tiempo a buscar las palabras adecuadas para describir mis sentimientos, pero era difícil de encontrarlas. Simplemente la amaba, siempre la amaría y daría lo que fuera por ella, hasta mi propia vida.

Escuché sus pasos subiendo por las escaleras, aproximándose más y más hasta llegar a la puerta del cuarto. Y entonces, con una expresión de asombro, vi lágrimas en sus ojos no de tristeza, sino de felicidad, pues mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos, sin dejar de sonreír. Después, nos envolvimos en un caluroso abrazo que, sin la noción del tiempo, pareció haber durado una eternidad.

—Te amo. —Su cálido aliento abrazó mis labios.

—Y yo a ti.

Lentamente, acerqué mis labios hasta los suyos y, con los ojos cerrados, aprecié cómo se amoldaban a los de ella con suavidad y delicadeza, abriéndose paso entre ellos para que nuestras lenguas pudieran tocarse; aún podía sentir su cálido aliento sobre mis labios.

Cuando abrí los ojos, vi que Elisa seguía llorando. Las lágrimas se resbalaban por sus mejillas de una manera descontrolada, y ya no sonreía. Me preguntaba si, en el peor de los casos, no le habría gustado la sorpresa.

Elisa bajó la mirada, sollozando.

—¿Qué ocurre? —pregunté, preocupado—. ¿No te gustó?

Ella me ignoró.

Volvió a abrazarme, escondiendo su rostro en mi pecho. Le devolví el abrazo, pensando que sería bueno darle unos segundos para calmarse.

Mientras tanto, jugaba con su cabello.

—¿Qué tienes? —pregunté otra vez, sin querer presionarla tanto.

Levantó la cabeza y me miró; sus ojos empezaban a hincharse. Fue entonces que supe que había estado llorando desde mucho antes de llegar a mi casa.

—Lo siento —susurró.

Y luego me besó, el beso más dominante de todos.

Dejé salir un suspiro, sin abrir los ojos, pues no quería verla triste. Pero fue en ese momento que, tras escuchar un sonido extraño, fue imposible no abrirlos y encontrarme con su rostro pálido. Quise preguntarle una vez más qué pasaba, el porqué de sus lágrimas, pero un nudo en la garganta me lo impidió.

Cuando fui a tomar su rostro en mis manos, deseando volver a besarla, un extraño entumecimiento en los brazos me lo impidió. Y mientras que un líquido tibio bajaba por mi estómago, contemplé boquiabierto, al querer indagar de qué se trataba, el mango del cuchillo y la mano de Elisa sujetándolo con firmeza. Fue extraño, pues en ningún momento llegué a sentir dolor alguno, tan solo confusión.

Levanté la mirada hasta dar con su rostro, viendo cómo se tapaba la boca con las manos, y luego me precipité al suelo.

Justo antes de desplomarme, Elisa intentó sostenerme me sostuvo con sus brazos. Ahora de rodillas, mi espalda descansaba en su regazo, mientras que las lágrimas brotaban de sus ojos sin cesar; yo también empecé a llorar.

Ahora sí sentía dolor, un dolor punzante, pero no a causa de la herida del cuchillo, sino por lo que había hecho Elisa. ¿Por qué querría acabar con mi vida?

—Lo siento. —Su voz se hallaba ahora muy distante.

Quise responderle de vuelta, pero no podía. Solamente pude ver cómo se inclinaba para darme un último beso. También tuve la oportunidad de contemplar su rostro una última vez, colmado de perfección, antes de que mis ojos se cerraran, dando paso a una oscuridad inevitable.

Capítulo 14

Tragedia perfecta

Elisa

Mordiéndome las uñas, a punto de acabar con las cutículas, me vi atrapada en medio de la frustración.

Siempre intentaba hacerme a la ingenua idea de que las relaciones debían acabar con un "Y vivieron felices por siempre", pero no.

No podía darme el lujo de comparar mi vida con un cuento de hadas, o incluso considerar la idea de ser la protagonista en una nueva versión de Romeo y Julieta.

Si lo analizaba, quizás me estaba volviendo loca, pero eso ya no tenía importancia. Si bien a lo que debía prestarle atención era al hecho de que él ya no estaba.

Me tranquilizaba un poco reconocer que la causa de su partida resultaba ser bastante noble, teniendo en cuenta que lo había hecho solamente para protegerlo. Sin embargo, aún faltaba una cosa más.

Con la intención de acabar con todo esto de una buena vez, solamente se hallaba en mis pensamientos el deseo de volver a estar a su lado.

***

Con mi mano sobre su pecho, pude sentir cómo su corazón se apagaba poco a poco, hasta que finalmente cesaron los latidos.

Mientras que una lágrima se escurría por mi mejilla, aprecié nuevamente el rostro demacrado del hombre de mis sueños.

Todavía no me hacía a la idea de su partida. Era estresante tener que lidiar con esa situación ya que, si quería estar en paz conmigo misma, tenía que acabar lo que había empezado.

Lentamente, luego de dejar su cuerpo en el suelo, casi sin fuerzas, hurgué dentro del bolsillo de mi pantalón, tomando en mis dedos el frasquito lleno de aquel líquido oscuro. Contemplándolo, supe que me vería envuelta en un serio problema si no llevaba a cabo lo acordado, siendo una total cobarde si no lo hacía.

Sin perder más tiempo, busqué con la mirada algo que pudiera usar, y entonces vi una botella de vino sobre la mesa de noche al lado de su

cama, junto con dos copas. Rápidamente, intentando que el dolor no se apoderara de mí, serví la cantidad de vino suficiente y tomé la copa.

Como me hubiera gustado tener la oportunidad de explicarle todo, hacerle saber que aquella monstruosidad se debió al simple hecho de querer protegerlo. Lo más probable es que no hubiera llegado a sentir nada más que dolor antes de partir, pero no podía encontrar las palabras indicadas para explicárselo, pues no podía desperdiciar tiempo valioso con él cotorreando un montón de estupideces; solamente pude llorar hasta más no poder.

Sin embargo, no hubiera sido equívoco que Daniel tuviera en cuenta que era en verdad era necesario convertirse en propiedad de la muerte, pues, aunque lo amara con una fuerza inhumana, nuestra relación no podía ser considerada la más especial de todas, no mientras tuviéramos que vivir en medio de una humanidad tan repulsiva, en un mundo tan despreciable.

Desde el fondo de mi corazón, me veía obligada, como si de un deber se tratara, de salvarlo de las garras de la humanidad, protegerlo del mundo en el cual, por lo menos, habíamos tenido la oportunidad de encontrarnos, como si estuviéramos predestinados a ello. Seguramente, tendría la oportunidad de reunirme con él en la nueva vida después de la muerte (si es que la había), pero para ello tenía que ser rápida, pues me quedaba sin opciones tras causar la muerte del amor de mi vida.

Luego de quitarle la tapa al frasquito, vertí el líquido en el vino, observando cómo se desvanecía en el licor. Sin nada más en que pensar, salvo Daniel, me llevé la copa a los labios, saboreando el vino que descendía por mi garganta.

Cuando bebí el último sorbo, esperé unos segundos, queriendo saber cuánto tiempo tardaría en hacer efecto. Mientras tanto, contemplaba, todavía llorando, el río de sangre en el suelo.

Al ver su pálido rostro, caí en cuenta de lo inhumanamente perfecto que era, preguntándome cómo era posible que yo hubiera sido su única novia en toda su vida. Y en ese momento, me desplomé a su lado y tomé su mano.

Ya eran pocas las fuerzas que me quedaban, y de seguro también eran pocos los segundos restantes para que todo llegara a su fin.

Nunca llegué a considerar el dolor que llegaría a causarle a su familia o a la mía; solamente pensaba en él, en mi Daniel. Y ahora que ya no lo tenía conmigo, desde luego que no me quedaban ganas de seguir viviendo.

Acaricié su rostro con los dedos, mientras me inclinaba para sentir sus

labios una última vez; todavía estaban cálidos.

Sintiendo cómo la oscuridad se acercaba, busqué las fuerzas suficientes para expresar mis últimas palabras.

—Daniel, mi Daniel. Yo siempre... te amaré.

Capítulo 15

Desesperanza

19 de diciembre de 2012

Hay quienes no pueden vivir sin andar manifestando a cada rato esos estresantes hábitos que te ponen de los nervios, como Velma, la esposa de mi papá.

La mujer tenía la horrible costumbre de golpetear con sus largas uñas falsas la superficie de las mesas, como si estuviera esperando a que algo pasara. Aunque rara vez lo hacía por eso, tan solo era un hábito inevitable.

Durante la cena, concentrándome en las manecillas del reloj, mientras que el sonido desesperante de las uñas me azotaba los oídos, me preguntaba si sería bueno preguntarle a mi papá si podía retirarme a mi cuarto.

Mientras que este mi papá tomaba un sorbo de vino, Velma no dejaba de acecharme con la mirada, sin dejar de golpetear la mesa del comedor.

—Con permiso. —Sin importar que hubieran llegado a oponerse, me puse de pie y me fui al cuarto.

Una vez a salvo, solté un suspiro justo en el momento en el que algo llamó mi atención.

Vi que el pequeño calendario sobre la mesa de noche anunciaba que estábamos a dos días del fin del mundo, según habían anunciado los mayas.

Desde luego que sería algo inmaduro de mi parte considerar la posibilidad de que algo así tuviera lugar, pero, después de todo, tenía que admitir que sería un gran alivio si la humanidad llegara a su fin.

Debatiéndome entre la idea de rendirme de una vez o continuar con mi vida, empecé a dormitar hasta que caí rendido.

***

20 de diciembre de 2012

Mi papá anunció que Velma y él saldrían a cenar por la noche, y que tal vez verían una película en el cine, por lo que era posible que llegaran

tarde.

—Hay dinero en la mesa de la cocina —dijo, antes de cerrar la puerta.

Lo ignoré.

Me llevé los audífonos a los oídos mientras que buscaba I Wanna Be Sedated en el iPod, subiendo el volumen al máximo.

Tarareando el ritmo de la canción, pensé en el fin del mundo, con el deseo de que cada una de las vidas, en especial la mía, se acabaran de una vez.

Valía la pena tener algo de esperanza, sin importar que esta fuera poca. No obstante, no podía olvidar que anteriormente ya había salido a la luz una que otra predicción respecto al fin del mundo, sin que nada ocurriera al final. Esta vez no tendría por qué ser diferente, sin importar que hubiera sido anunciado por una civilización tan importante como lo eran los mayas.

Cuando caí en cuenta de que eran pasadas las nueve de la noche, supuse que Velma y papá estarían en el cine, por lo que aproveché su ausencia para salir a dar una vuelta.

Afuera hacía mucho frío. Crucé la calle a un trote veloz, cerrando la chaqueta hasta cubrir mi cuello y poniéndome la capota, esto con la esperanza de entrar en calor pronto.

Mientras que buscaba un cigarrillo dentro del bolsillo, una mujer que paseaba a su perro pasó a mi lado; no tardó en acercarse para olfatearme.

—¡Anda, Luna! —le ordenó la mujer, lanzándome una mirada de disculpa—. ¡Camina!

Al verla girar en la esquina de la cuadra, me llevé el cigarrillo a la boca, mirando hacia ambos lados, lo encendí y aspiré.

¡Ah! Eso se sintió muy bien, más de lo que esperaba.

Dándole otra aspirada, me preguntaba qué pensaría si papá, o tal vez Velma, me viera fumando. Seguramente, sería el fin del mundo solamente para mí.

Cuando acabe el cigarrillo, lo lancé a un charco de agua que había en el andén y me dispuse a regresar a casa con la pregunta de qué ocurriría mañana rondando mi cabeza.

***

21 de diciembre de 2012

Aquel era sin duda un buen día para pasar el rato en el bosque, pues no hacía tanto frío como ayer.

Recostado en la hierba, con las manos debajo de mi cabeza, miraba al cielo, tan solo esperando.

No sabría decir si estar en ese lugar, a esa hora, en medio del bosque, sería el colmo de mi parte, pero ya nada me importaba.

Pensaba en las buenas cosas que iban a desaparecer, como los libros que tanto había disfrutado y en los que ya no tendría oportunidad de leer. También pensaba en los pocos textos perdidos en el montón de carpetas en mi computador, como también a los que ya no podría darles vida con mis palabras.

Ya no había algo que me hiciera valorar la vida más de lo poco que ya la valoraba. Quizás algunos pocos amigos del colegio, pero no muchos; todos eran insignificantes para mí.

Metido en mis pensamientos, de no haber sido por la luz de la luna, no habría caído en cuenta de que la noche había llegado, con un cielo plagado de estrellas.

Maldición, pensé, consultando la hora. Las diez y veintiocho.

Estuve a punto de echarme a llorar de la rabia, pues era decepcionante tener que afrontar que, nuevamente, todo se trataba de una simple superstición.

Tan solo me fui de vuelta a casa, maltratando la hierba a punta de zapatazos, llevando a la desesperanza de la mano.

Capítulo 16

Quelqu'un te regarde

Il y avait une jeune femme qui habitait avec son bébé, Étienne, et son mari dans la banlieue de Lyon, où il y avait peu des maisons.

La femme, qui s'appelait Daphnée, était mariée avec un avocat très important qui était en dehors de la ville la plupart du temps ; techniquement, elle habitait seule dans la maison avec son bébé.

Un jour, le climat à Lyon était effrayant, avec des nuages gris partout dans le ciel et des gouttes de pluie qui tombaient sur la chaussée en formant des grandes flaques d'eau.

Pour Daphnée, il était difficile de voir ce qui se passait en-dehors de la maison, debout à la fenêtre du salon avec les bras croisés ; tout était sombre. Seulement les feux des voitures illuminaient un peu la rue et disparaissaient quelques secondes après dans la distance.

Étienne était en haut, dans sa chambre. Il dormait profondément dans son berceau avec Copernic, le chien, à côté de lui, sur le sol. Il était endormi depuis l'après-midi, mais Daphnée avait décidé de ne pas lui réveiller.

Puisqu'il n'avait pas grand-chose à faire avec un tel climat, elle a allumé la télévision et a commencé à zapper toutes les chaînes en cherchant un bon film à regarder, comme une histoire d'amour ou une comédie.

Malgré la pluie, tout était calme. Étienne endormi, Daphnée a pu se concentrer dans son émission télévisée, et le son de gouttes de pluie tombant sur le toit était relaxant. Et effectivement, tout allait bien, jusqu'à ce qu'elle a entendu un bruit en haut, qui venait de la chambre d'Étienne.

« C'était quoi ça? », Daphnée a pensé. Un livre qui est tombé ? Ou peut-être était-ce Copernic ? Elle n'a pas hésité à aller au deuxième étage en pensant à son fils.

C'était très bizarre et un peu flippant en même temps, comme s'il y avait quelqu'un avec eux dans la maison.

Après avoir baissé le volume de la télévision, elle est allée aux escaliers et a commencé à les monter, lentement. Quand elle est arrivée en haut, elle a cherché la porte de la chambre d'Étienne et l'a ouvert.

La pièce était sombre ; peu de lumière l'illuminait.

Quand Daphnée a voulu s’approcher, elle a trébuché accidentellement avec le train électrique d’Étienne et presque el est tombée au sol.

Elle a regardé sur l’épaule d’Étienne, qui était profond, et peut-être il rêvait.

Daphnée a soupiré en regardant sa montre. 22h23.

Copernic, qui s’était levé, a commencé à aboyer très fort vers le placard, et les aboiements sont devenus plus forts et désespérés.

« Tais-toi ! » Daphnée a crié, malgré l’attitude de Copernic qui était inquiétante.

En prenant Copernic par le collier, elle a cherché la clé dans sa poche pour fermer la porte principale de la maison pendant la nuit.

Après avoir ignoré les aboiements, elle est sortie de la chambre en silence pour éviter de réveiller Étienne sans réaliser qu’il y avait un œil qui lui regardait dans la porte entrouverte du placard.

Capítulo 17

Vino, vino y más vino

Apenas había comenzado a lloviznar cuando el primer invitado de Mahoma Shams, el que conducía un Volvo XC60, dobló la esquina para entrar en la octava etapa, en donde se hallaban cerca de sesenta viviendas.

Ubicada en el kilómetro veintisiete de la autopista norte, en un terreno bastante elevado, Encenillos de Sindamanoy, una residencia campestre de diseño urbanístico, era en donde Mahoma vivía desde hacía ya un tiempo.

El lugar era muy tranquilo, silencioso, en donde se podía vivir en paz sin ningún problema. Gracias a lo reservado y alejado que estaba de todo, los residentes no tenían que lidiar con el estrés causado por la ciudad.

El invitado se detuvo en seco diagonal a la puerta principal, en donde Mahoma, a quien las gotas de lluvia ya habían empezado a mojar, lo estaba esperando para darle una cálida bienvenida a su humilde, y costosa, morada. A pesar de que la lluvia nunca le había hecho daño a nadie, y menos en ese momento que era tan indefensa, el invitado la detestaba a morir.

Luego de cerrar la puerta del coche de un portazo, se apresuró a la puerta de la casa, cubriéndose con su saco.

—Linda noche para que llueva, ¿no crees? —dijo, resoplando, mientras revisaba en los cristales transparentes de la puerta que su cabello siguiera peinado.

—Qué llorón eres, André —dijo Mahoma, riéndose y cruzándose de brazos.

Los dos hombres estaban vestidos de traje formal y camisa blanca, en donde el color de sus corbatas era lo único que resaltaba: la de Mahoma era de un rojo bastante fuerte, mientras que la de André era de un morado chillón.

—Ni una gota en mi cabello —dijo, levantando la ceja y guiñándole el ojo a Mahoma.

André era homosexual. Mahoma y el resto de invitados que estaban por llegar estaban al tanto de eso, pero a ninguno le importaba las preferencias sexuales del que era un individuo más de este mundo, además de ser un tema que no era de su incumbencia.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó Mahoma, levantando los brazos y mirando al cielo. Después bajó la mirada y dijo—: Y alabado sea Tistrya[1].

André frunció los labios y le enseñó el dedo medio. Mahoma rio.

—Pasa —dijo, haciéndose a un lado—, no tolero tu flagrante falta de respeto hacia la lluvia.

Adentro de la casa no hacía tanto frío, a comparación de afuera. La chimenea de la sala de estar, en donde seguramente pasarían la mayor parte del tiempo, emanaba un calor agradable. Sobre la mesa de madera que estaba en el centro se hallaban tres botellas de vino rodeadas de copas de cristal.

—No creo que esto vaya a ser suficiente —dijo André, tomando una de las botellas para indagar qué vino era.

—¡Ah, por favor! —Mahoma se la arrebató de la mano, devolviéndola a su lugar—. Ni que fuéramos adolescentes.

Eso era cierto. Claro que, sin importar que las canas ya se estuvieran asomando en sus cabellos, André no era capaz de hacerse a la idea de envejecer: le causaba estrés y le revolvía el estómago.

—La década de los cuarenta no es de viejos, querido Mahoma —dijo, volviendo a tomar la botella.

—Tampoco es de jóvenes, querido André —disparó de vuelta con tono sarcástico, levantando la ceja.

André volteó los ojos.

A pesar de lo que había dicho, Mahoma sabía que, en efecto, tres botellas de vino no iban a ser suficientes para todos los invitados. Pero ya se había encargado de eso con la ayuda de un viejo amigo, y tenía escondidas otras diez botellas en su cuarto, fuera del alcance de los futuramente embriagados.

—Esto está muy apagado. —André se lanzó encima del sofá, cruzando las piernas—. ¿Y la música?

—Desde el principio te dije que no iba a ser una fiesta, sino una reunión.

Un relámpago centelleó a lo lejos, y cinco segundos después se escuchó el trueno.

—¡Puag! —André se metió el dedo en la boca.

—¡Ahí está la puerta, camarada! —Mahoma la señaló con el dedo.

—"Pero, ¿has oído decir que un hombre sentado en la fiesta, para gozar de su hora, se levante antes del final?"

—¡No es una fiesta, André!

Él levantó las manos en señal de defensa.

—Mis disculpas.

Mahoma respiró profundo, contó hasta diez y sonrió.

—Lo siento —Mostró los dientes—, perdí el control por un segundo.

—No se pierde lo que no se tiene. —Guiñó el ojo y volvió a tomar la botella de vino.

Ignorándolo, Mahoma se dispuso a sentarse a su lado, manteniendo la distancia, cuando escuchó un ruido en el jardín, el cual podía verse desde la enorme ventana de la sala de estar, como si alguien —o algo— se hubiera movido entre los arbustos.

En Encenillos de Sindamanoy, además de tranquilidad y silencio, también había mucha seguridad, por lo que Mahoma quiso descartar la presencia de un posible intruso, pero no pudo.

Una enorme nube gris tapaba la luna, por lo que afuera estaba muy oscuro, y las luces de la sala no alcanzaban a iluminar más allá del pie de la ventana. Seguía lloviendo, eso sí, y más fuerte ahora.

"¡Ah! ¡Le fue tan fácil a esta luna cruel abandonar a los que la querían!", pensó.

—¿Qué pasa? —André siguió el trayecto de su mirada, perdida en la oscuridad del exterior.

—¿Escuchaste eso?

Él frunció el ceño. No había escuchado nada.

Mahoma se apoyó en el cristal de la ventana con delicadeza para intentar ver más de cerca, pero no había nada. Solamente gotas de lluvia y las hojas de los árboles agitados por el viento.

Creyó que su imaginación estaba jugando con él, a pesar de no haber bebido ni una gota de vino hasta ahora, y buscó el sofá para sentarse. Pero justo en ese momento, vio como una sombra atravesó el jardín a gran velocidad, rodeando la casa.

¿Qué carajos?, pensó.

Rápidamente, tomó uno de los atizadores de la chimenea y corrió a la puerta principal, dejando a André con una expresión de desconcierto en el rostro. La abrió y salió.

Afuera, todo estaba muy callado y en calma. Lo único que se escuchaba eran las gotas de lluvia golpeando el suelo y el techo del Volvo de André.

Mahoma miró hacia todos lados, esperando ver algo. Y sí, allí había algo.

Pegado al Volvo había un Beetle negro mal estacionado, en diagonal, casi tocando la luz delantera. Mahoma no tenía idea de a quién podría pertenecer, lo único que sabía era que, al parecer, había llegado otro invitado.

Cuando se acercó para indagar el misterioso auto un poco más de cerca, ocurrieron tres cosas a la vez.

La suave lluvia, nuevamente, empezó a mojarlo poco a poco de la cabeza a los pies, un rostro femenino apareció de repente en el asiento del pasajero y, por su izquierda, a varios pasos de distancia, reapareció la sombra del jardín.

Mahoma levantó el atizador en señal de defensa cuando vio que la sombra comenzó a acercarse hacia él a un trote veloz, camuflada en la oscuridad.

En ese momento, tomó impulso para aporrear a quien quiera que fuera que ya se estaba acercando, pero entonces…

—¡Soy yo, señor Shams! —El individuo levantó los brazos en el aire, revelando su identidad—. ¡No me haga nada!

—¡¿Tú?! —Mahoma bajó el atizador. Lo identificó al instante como su vecino de la casa de al lado, Niño, quien apenas tenía dieciséis años—. ¿Qué haces fisgoneando en mi casa, jovencito?

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! No era mi intención.

—Puedo demandarte por esto, ¿lo sabías?

—¡Por favor! No diga eso ni en broma.

Mahoma frunció el ceño.

—¿Dónde están tus padres?

—Andan de parranda —Niño se puso en la punta de los pies y, por encima del hombro de Mahoma, examinó el interior de la casa a través de la puerta abierta—, al igual que usted.

Mahoma recordó entonces que el Beetle negro seguía ahí y cuando centró su mirada en este, la mujer ya no estaba. Había salido del coche para aparecer de la nada junto a ellos. Mahoma también la reconoció al instante.

—¡Así que este es el pillo que estaba merodeando por tu casa! —exclamó la mujer, revisando que su cabello no se hubiera mojado—. Lo vimos entrar al jardín cuando llegamos.

Era Tanya, una vieja amiga de Mahoma y, al parecer, su segunda invitada. Llevaba puesto un largo vestido negro, demasiado elegante, que le llegaba hasta los tobillos y su cabello, de un rubio tan falso como el hecho de que André era heterosexual, caía sobre su hombro, dándole un aire muy femenino.

—Hola, Tanya. ¿Cómo te va? —balbuceó Mahoma, ignorando durante un segundo la situación con su vecino, incapaz de ser grosero con una dama—. Me imagino que no vienes sola.

—Eduardo se bajó corriendo del coche para ir tras este muchachito, le pareció muy sospechoso. Mira cómo lo estacionó. —Señaló el Beetle con la mirada.

Eduardo, su pareja, emergió en ese momento de la esquina de la casa, corriendo hacia ellos para escapar de la lluvia. También llevaba puesto un traje negro y una camisa blanca, con una corbata de color toronja.

—¡Este joven parece un correcaminos! —exclamó, tomando la mano de Tanya mientras escrutaba a Niño con la mirada—. ¿Lo conoces? —le preguntó a Mahoma.

—Sí, es mi vecino. Hasta este punto, sigo sin saber qué está haciendo aquí. —Se cruzó de brazos.

—Discúlpeme usted. —Bajó la mirada al igual que un niño regañado—. Lo que sucede es que hoy en la tarde lo vi llegar con un montón de botellas

de vino…

—¡SHH, SHH! —bisbiseó, mirando a la pareja, preguntándose si habían llegado a escucharlo—. ¡Eso no es de tu incumbencia!

—Pero, señor…

—¡Nada! ¡Largo de aquí!

Niño entrecerró los ojos.

—No lo eches como a un perro —dijo Tanya, aferrándose al brazo de Eduardo.

El adolescente se dispuso a retirarse cuando una voz, proveniente del interior de la casa, dijo:

—"No has hecho más que pasar, y he tambaleado como un borracho."

Todos centraron su mirada en André, quien estaba detrás de Mahoma, con las manos en los bolsillos y mordiéndose el labio.

Niño enarcó la cejas, confundido, y miró a Mahoma.

—Lo siento, señor Shams.

El dueño de la casa y los tres invitados lo vieron desaparecer entre la oscuridad, bajo la lluvia.

—¡Ah, bueno! —André aplaudió con fuerza—. ¿Qué es una fiesta sin un poco de drama adolescente?

Mahoma lo miró sulfurado y luego le indicó a Tanya y a Eduardo que siguieran al interior de la casa, quienes le agradecieron con una sonrisa y un asentimiento de cabeza. Pero antes de que entraran, vieron que otro coche, con las luces encendidas y los limpiaparabrisas yendo de un lado para otro, se aproximaba en dirección a la casa. Eduardo, quien ya tenía un pie adentro, recordó entonces que había dejado el Beetle mal estacionado.

El nuevo coche, un Camaro antiguo, se detuvo en seco al lado del Volvo y el conductor, el siguiente invitado, se bajó para sonreírle a los que estaban en la puerta, sin darle importancia a la lluvia.

—¡¿Todavía queda vino?!

***

Uno por uno, fueron llegando el resto de los invitados, hasta que la sala de estar estuvo llena de unas treinta personas vestidas de manera elegante, sosteniendo cada uno una copa de vino en la mano.

Mahoma levantó la suya y dijo:

—"En agradecimiento hago votos para que recojas, a tu paso, todos los perfumes de la primavera." —Su mirada se hallaba puesta en Scarlette, una invitada de cabello rojo—. ¡Bebamos!

—¡Salud! —exclamaron todos al unísono, y ella le guiñó el ojo.

André, quien se hallaba al otro lado de la sala, ya estaba embriagado. Aquella era su cuarta copa de vino y, al parecer, mantenía las ganas suficientes para seguir bebiendo.

—"Para la fiesta de la rosa, el céfiro nos embriaga con su aliento. ¿Dónde está, pues, el dulce ruiseñor? Pídanle que nos cante una canción" —exclamó, vaciando su copa.

Uno de los invitados que estaba con él en ese momento lo escoltó fuera de la casa, en donde el fresco aire de la noche lo aguardaba para ayudarle con su embriaguez.

Mahoma mantuvo su atención puesta en aquella mujer del cabello rojo, quien tampoco paraba de mirarlo, bebiendo sorbo a sorbo el vino de su copa.

"El que piensa con amor en la ternura de tus mejillas, queda cautivo para toda su vida en un círculo hechizado", pensó Mahoma.

Por un segundo, su mirada pasó a inspeccionar el nivel de embriaguez de cada uno de los invitados. Algunos aún tenían los pies puestos sobre la Tierra, pero la mayoría ya estaban perdidos en sus copas de vino, demandando más y más.

Mahoma cayó en cuenta de que ya habían abierto la antepenúltima botella y se preguntó hasta cuándo duraría el vino que les quedaba. En ese momento, olvidó todo en lo que estaba pensando, pues Scarlette se hallaba frente a él, sosteniendo su copa en lo alto.

—"Mis ojos no se han saciado de verte" —dijo Mahoma, bebiendo.

Scarlette sonrió y dijo:

—"¿Cómo pueden las miradas de estos ojos tan bellos tener tanto desdén para quienes los admiran?"

—"Por el encanto de tus ojos, preciosa niña; por el maravilloso terciopelo de tu mejilla; por el aliento de tu boca de rubíes; por tu color y tu perfume."

—No te fíes, caballero. Las flores de la puerta del jardín han de decir mucho sobre ti.

—"Por este divino jardín, hogar de mis sueños" y tus sueños —Mahoma levantó la copa—. ¡Bebamos!

Scarlette chocó su copa con la de él.

Unos gemidos de mujer, provenientes del segundo piso, comenzaron a escucharse por toda la casa. Si bien los invitados cayeron en cuenta del placer por el que aquella mujer estaba pasando en ese momento, no le dieron mucha importancia.

—Ven conmigo.

Mahoma la llevó a la cocina, un lugar no muy romántico pero sí silencioso, lejos de la embriaguez de los invitados; los gemidos seguían escuchándose.

—Alerta, mujer desvirgada.

Scarlette soltó una carcajada.

—Ojalá yo tuviera esa misma suerte. —Miró a Mahoma a los ojos.

—"Mi corazón ya no está contigo, puesto que te fuiste."

Scarlette le dio la espalda y centró la mirada en el jardín, el cual también podía verse desde una de las ventanas de la cocina.

—Perdóname. —Mahoma puso las manos en sus hombros—. No quise decir eso.

—No, tienes razón.

Sabía que había vuelto aquel momento demasiado embarazoso, por lo que rápidamente buscó una solución para evitar el silencio que ya comenzaba a hacerse incómodo.

Hizo que Scarlette volviera a mirarlo y, justo en ese instante, la besó. Todo pasó muy rápido, pero ambos lo sintieron como una eternidad y no

querían que se acabara.

La lengua de Mahoma se abrió paso entre los labios de Scarlette para tocar la de ella, haciendo que el deseo en su interior estallara de repente.

—¿Por qué hiciste eso? —dijo una vez sus labios se separaron.

—Perdóname —se disculpó de nuevo—, me dejé llevar.

Y volvió a besarla.

—"Cuando mi alma se consagró a tus labios creí que un sorbo de agua pura refrescaba mi boca."

Scarlette sonrió de oreja a oreja.

—No sé qué decir.

—No digas nada. —Mahoma puso el dedo en su boca, y ella lo apartó con un beso.

—"Pero tú, ¿cómo resolverás este enigma de mi corazón?"

—No hay nada que resolver. Estoy enamorado. Tú estás enamorada. Punto. —Volvió a besarla.

Scarlette no mostró rechazo alguno y se dejó besar sin ningún problema.

—"Todos mis cabellos se han entrelazado con las trenzas de una niña risueña" —dijo Mahoma, también sonriendo—. "¡Qué peligroso es vivir en la ciudad del amor!" ¡Bebamos por eso! —Chocaron sus copas, bebieron hasta la última gota de vino y se besaron una vez más.

Nada podía arruinar aquella reunión llena de vino y deseos, por lo que regresaron a la sala, en donde los invitados mostraban ganas de seguir bebiendo hasta el amanecer.

Sin embargo, al salir de la cocina, no se percataron que desde el jardín, detrás de un árbol, mojado por la lluvia que todavía no paraba, lleno de ira y con los ojos entrecerrados, el vecino de Mahoma, Niño, los estaba mirando.

[1] En la cultura persa, el dios de la lluvia.

***

NOTA DEL AUTOR:

Los Cantos de Amor (Ghazels) de Hafez de Shiraz, o simplemente Hafiz, que fueron recopilados hacia 1368, hacen alusión a la importancia de las flores, el vino y el amor, importantes luceros que resaltan a lo largo de toda su obra. Como pudiste notarlo, mi querido lector, los personajes de este cuento se alimentan de dichos luceros, detalles característicos dela obra de Hafiz.

En este cuento, puedes apreciar cómo los personajes se basan en los cantos de amor de Hafiz para expresar sus pensamientos e ideas, además de poseer una que otra característica que también se relaciona con su obra, ya sea el amor o el deseo.

La importancia del vino para Hafiz es fundamental y, como puedes verlo en este cuento, los personajes quedan a merced de esta bebida y su futura embriaguez, al igual que el amor empieza a surgir entre ellos. Tanto el vino como el amor son elementos significativos, por lo que es importante comprender y analizar cómo estos elementos influyen en las acciones y comportamientos de los personajes, y ver cómo ayudan al desarrollo de la historia.

Capítulo 18

Pasión a la luz de la luna

Mientras que el viento soplaba fuerte, mis labios temblaban y mis dientes se aporreaban unos a otros, pues la indumentaria que llevaba puesta no ayudaba del todo.

La universidad se hallaba a tan solo seis cuadras, por lo que siempre usaba las piernas en lugar del transporte público para llegar, a pesar de los tacones que ya habían empezado a lastimar mis pies. No tenía ni la más remota idea de por qué estaba de camino a la festividad: una patética aunque misteriosa tradición en la Universidad de Middletown el treinta y uno de octubre de cada año. O quizá sí lo sabía. El hecho de llevar solamente dos meses en la ciudad no ayudaba en lo absoluto; era un mundo completamente nuevo para mí, en donde me sentía como una vil forastera, por lo que, probablemente, sí ayudaría después de todo asistir a la festividad.

Días atrás, de camino de una de mis clases, un estudiante –quien se había presentado como Leo– se acercó, sin aire en los pulmones, y me entregó un sobre negro que, en una caligrafía casi perfecta, recitaba: *CELEBRACIÓN EXCLUSIVA DE LA UNIVERSIDAD NUEVOS HORIZONTES*.

—No estás autorizada a faltar a la festividad, querida —me advirtió.

A mitad de la calle, bajo la luz de un poste, leí una vez más la invitación, la cual llevaba en mi mano en todo momento. No había ni un alma por ahí, solamente carros que pasaban de largo; todavía seguía a voluntad del viento de la noche.

¡Estás cordialmente invitad@ a nuestra orgía anual de disfraces!
Únete a nosotros para honrar al fundador de nuestra muy querida Universidad Nuevos Horizontes el próximo viernes 31 de octubre.
¡No olvides disfrazarte para impresionar!
Lugar: Campus de la universidad
Hora: 10:00 p.m. hasta el amanecer
¡Tu presencia es imperativa!

Con la idea de asistir por primera vez a una orgía universitaria, automáticamente tuve un *flashback*, viejos recuerdos del colegio. Pensé en mis compañeros –a quienes seguramente ya no volvería a ver nunca más– e imaginé al capitán del equipo de fútbol copulando con la capitana de las porristas, la chica que me gustaba. Por desgracia, yo no tenía la misma suerte del capitán del equipo, ni en un millón de años; era virgen,

y me mantenía pura.

En ese momento, vi cómo un grupo de chicos, borrachos y disfrazados, pasaban en su carro, gritando a los cuatros vientos con cuántas chicas iban a acostarse esa noche. Uno de ellos me indicó con una expresión de sorpresa que se había dado cuenta de que aquello en mis manos era la invitación a la orgía, a lo que me guiñó el ojo. Luego, el carro aceleró bruscamente y, a los pocos segundos, desapareció en la distancia.

«Orgía anual de disfraces.»

Nunca había sido buena para los disfraces, por lo que una chica de mi clase de Taller de Narrativa se ofreció a ayudarme. En su opinión, teniendo en cuenta que se trataba específicamente de la orgía de la universidad, un disfraz de flapper sería lo más adecuado, claro, si es que deseaba llamar la atención de todas las lesbianas de la universidad.

Mientras que apretaba el paso sin dejar de mirar la invitación, caí en cuenta de algo que ya empezaba a fastidiarme. No sabía con exactitud cuándo había empezado, pero conforme pasaban los segundos, una pizca de miedo ya había comenzado a pasearse a mi lado.

Había alguien que estaba siguiéndome, y podía sentir cómo me observaba.

Girando la cabeza disimuladamente, no pude ver su rostro, pues se hallaba detrás de una máscara blanca. Traté de ignorarlo, pero con cada paso que daba, escuchaba los suyos más cerca.

«Al mal paso darle prisa.»

En ese momento, vi a unos universitarios –también borrachos– más adelante, tambaleándose por el andén, casi sin poder mantenerse en pie, y también iban disfrazados. Si bien sabía que no iban a ser capaces de hacer nada al respecto, su presencia me calmaba un poco.

Aproveché la oportunidad cuando les pasé por al lado para cruzar y apretar un poco más el paso. Y entonces, al cabo de unos segundos, noté que ya nadie me seguía, había desaparecido.

Solté un suspiro de alivio y aprecié cómo, de un momento a otro, la música me llegaba a los oídos, y se escuchaba más y más fuerte mientras que me iba acercando.

Llegué a la entrada principal de la universidad, en donde contemplé las luces psicodélicas que iluminaban el cielo de la noche, con la música

invitándome a bailar.

—La diversión está allá adentro, amiga, no aquí afuera —dijo una voz.

Había más estudiantes ahora, hombres y mujeres, y se estaban besando.

«Ya es hora.»

Tres estudiantes, dos hombres y una mujer, se hallaban a la entrada de la universidad comprobando la legitimidad de cada una de las invitaciones. Uno de ellos era Leo, el chico que me había entregado la invitación, y estaba disfrazado de hippie; su compañera, de una versión extravagante y provocativa de la Mujer Maravilla, quien daba permiso para que los demás vieran parte de su cuerpo; y el otro, con una máscara similar a la del tipo –o tipa– que me perseguía.

Al acercarme, vi que Leo estaba detallado con la mirada a una pobre muchacha.

—Tu nombre —demandó.

—Ali —respondió la chica.

Leo frunció el ceño.

—¿Ali? ¿Corto para…?

—Alicia.

Luego de revisar la invitación, una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su rostro.

—Bienvenida al País de las Maravillas, querida. Sigue, por favor.

La música se escuchaba más fuerte ahora, retumbando en mis oídos, y el clima también cambió, pues el ambiente se sentía mucho más cálido ahora. ¿Por qué sería?

La festividad consistía en música a todo volumen, embriaguez, sudor, preservativos y sobre todo relaciones carnales, todo tipo de placeres mundanos a merced de la noche; podía escucharse cómo las chicas gemían con expresiones de placer en sus rostros.

Era demasiado incómodo caminar en medio de la gente desnuda que se apareaba, pero no podía negar que todo esto emanaba muchísima excitación.

Por encima de la música, escuché un par de voces femeninas que se hallaban muy cerca.

—Ha estado mucho más salvaje en ocasiones anteriores.

Y entonces la vi, una que no sabía con exactitud de qué estaba disfrazada en compañía de otra vestida de lo que parecía ser Caperucita Roja, pero un poco extraña; vestía de una manera demasiado llamativa, provocativa y atractiva, sin parecerse a la protagonista de un cuento infantil.

—No me gusta el ambiente —dijo, mirando hacia ambos lados.

Al ver que estaba sola, quizá en un intento de ser amigables, se acercaron para presentarse. Más adelante entendería por qué.

—Hola. —Sonreía, dedicándole una mirada complacida a su amiga—. Soy Nena. —Sin dejar de mirarla, le dio un codazo suave en el brazo—. Y ella es Angélica.

—Mucho gusto —dije, casi balbuceando—. Yo soy Mathea.

Nena le guiñó el ojo a su amiga, a lo que esta volteó los ojos. Sonreí de manera tímida, sin saber qué decir.

Los gemidos de las chicas a nuestro alrededor se hicieron mucho más fuertes, más descontrolados; el frenesí con el que se apareaban era cada vez más intenso.

—Muero de ganas por encontrar una Blancanieves para saciar mis deseos —dijo Nena.

De repente, nos vimos rodeados de universitarios que iban de un lado para otro, embriagados y extasiados, copulando con una habilidad suficientemente desarrollada.

Vi que grupo de chicas caminaba en nuestra dirección. Una de ellas, vestida de una sensual mucama, le lanzó una mirada pícara a Nena, le guiñó el ojo y sacó la lengua.

—Diviértanse —dijo Nena, antes de ir en busca de carne fresca.

En ese momento, una chica vestida de griega apareció de la nada, con una toga blanca, brazaletes dorados y una corona de hojas.

—Mis queridas amigas —Se cruzó de brazos—, sus únicas opciones son bailar, embriagarse o aparearse, pero no pasarse toda la noche convirtiendo oxígeno en dióxido de carbono —dijo con cierto tono de

liderazgo.

Detrás de ella, había un chico disfrazado de igual manera, y a su lado había una chica disfrazada de vampiresa, también muy provocativa.

—¡Esta no es la tradición! —exclamó—. ¡Muévanse!

Luego comenzó a detallar con mucho cuidado el rostro de Angélica, mordiéndose el labio. Y entonces, la vampiresa empezó a hacer lo mismo, pero conmigo.

—Mi nombre es Nicolasa —se presentó, ahora sonriendo—. Ella es Románica —La vampiresa me guiñó el ojo— y él es Rhodri. —Tomó la mano de Angélica y le dio un beso—. Por favor, no pierdan más el tiempo y empiecen a honrar a nuestro fundador.

Le guiñó el ojo a Angélica antes de irse, y Románica hizo lo mismo mientras que Rhodri reía.

Angélica me dedicó una mirada sin saber qué decir, y simplemente se fue también. Nuevamente, me quedé sola.

—Si no empiezas a aparearte, es posible que te expulsen del campus —dijo una voz. Era Leo. —La castidad es un insulto a la tradición. —Me analizó con detalle de arriba abajo—. Además, eres muy bonita. Busca a ver para que puedas encajar esas garras en la carne de alguna presa. —Me acarició el hombro y siguió su camino.

Deambulé por un rato entre los cuerpos desnudos, los gemidos, el éxtasis y el placer. Podía jurar que la mayoría eran lesbianas y homosexuales, acariciando sus cuerpos mientras que se les hacía agua la boca. También llegué a ver en un rincón, completamente desnudo, a Bonn, uno de los profesores de francés, seduciendo a una de sus estudiantes, también desnuda.

De ascendencia francesa, con un físico y un acento extranjero, debía ser muy sencillo para él llamar la atención de cualquiera, además que era tema de conversación de las chicas a lo largo de los pasillos y corredores de la universidad. Hay quienes decían que una de sus mayores cualidades era el de seductor al cien por ciento, y muy cercano a sus alumnas.

—Hay que cuidar si el profesor ardiente parece un poco demasiado interesado en sus alumnas —dijo una voz.

En ese momento, Románica apareció de la nada. Su disfraz había cambiado, pues ahora tenía los brazos y las piernas totalmente

descubiertos, y su escote tenía una expresión mucho más llamativa.

—No hay muchas mujeres como tú en nuestra universidad —dijo, tocándome los hombros—. No las hay tímidas pero atractivas, que no buscan que solo las desvirguen y listo. —Volvió a guiñar el ojo—. Pero sobre todo, vírgenes.

Me preguntaba cómo lo sabía, aunque seguramente era demasiado obvia la virginidad estampada en mi rostro.

—Lo mismo pasa con las hombres —continuó—. Muchos se dan el lujo de ir de un lado a otro, desvirgando a las mujeres, sin que nada les importe. Viven de la promiscuidad.

Desconocía cuáles eran sus intenciones, pero luego de analizar sus gestos y su manera de seducir, lo entendí: quería aparearse conmigo.

Se inclinó hacia adelante para besarme el cuello.

—¿Te gusta? —preguntó.

Era un tanto incómodo, pero tenía que admitir que se sentía muy bien.

Entre el montón de gemidos de aquellos que continuaban apareándose, surgió un grito pavoroso, pero casi perfecto. Al parecer fui el único que lo escuchó, todavía con Románica pegada al cuello.

El grito pareció provenir de detrás de uno de los edificios, no muy lejano. Fue entonces que, al querer hallarlo con la mirada, vi una túnica roja, una túnica de Caperucita Roja.

«Angélica.»

Vi a Nicolasa encima de ella, con una expresión de bestia excitada en el rostro. Me quité a Románica de encima, escapando de sus garras, para poder ayudar a Angélica.

Cuando estuve casi cerca, empujé a la zorra con todas mis fuerzas. Gruñendo, cayó al suelo, un poco desconcertada.

—¡No tienes derecho de interrumpir la actividad que se demanda en la tradición! —exclamó, furiosa.

No me importaba la tradición, y nunca me iba a importar. Angélica estaba a salvo en mis brazos, eso era lo que importaba.

Los amigos de la zorra aparecieron de nuevo: Románica, para nada contenta por mi rechazo, y Rhodri, resaltando su amistad con la zorra y su

nueva enemistad conmigo.

Me llevé Angélica lejos de ahí, escuchando a los tres suspirar, hirviendo de la rabia.

Ella me miró, sonriendo de oreja a oreja.

—Gracias.

—Quería aprovecharse de ti.

Entonces, se acercó lentamente hacia mí y, de repente, ya teníamos los ojos cerrados.

El sentir cómo sus labios se amoldaban a los míos me llevó a pensamientos muy morbosos. La excitación era muchísima, tanta que, casi que de manera inconsciente, mis manos empezaron a deslizarse por su cuerpo, con el deseo de conocerlo.

—¿Lo quieres? —pregunté de la manera más amable posible, sin querer malos entendidos en un futuro.

—¿Me quieres tener?

—Sin indumentaria —confesé.

Los gemidos seguían escuchándose, y los universitarios pasaban del apareamiento a la embriaguez, o viceversa. Todo iba hasta que saliera el sol.

Tal cual Dios nos trajo a este mundo, Angélica y yo nos hallamos encima de la túnica roja; ella, abajo; y yo, arriba.

El momento se llevó a cabo con calma y en silencio, pasando de lo suave a lo intenso.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, ahora un poco agitada.

Sopesó mi pregunta, dudando en cuanto a contestarme.

—Tengo una especie de… fetiche en particular —dijo, algo que sonó bastante interesante.

Supe entonces que Angélica también era virgen, llegando a la conclusión de que lo correcto sería satisfacerla en todo lo que deseara, lo cual resultaría en un verdadero placer para mí.

—¿Qué es?

Se mordió el labio.

—Me excita… escuchar a una mujer rezar —confesó, algo un poco extraño e incómodo.

«Fetiche es fetiche.»

—¿Quieres que rece? —le confirmé.

Asintió y, sin opciones, obedecí.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo...

Sus manos sujetaron mi espalda con mucha fuerza, y su expresión pasó de confundida a extasiada, con uno que otro gemido ya escapándose de su interior.

—Sigue —susurró, más para sus adentros que como una petición para mí.

La besé y continué, al tiempo en que mis dedos se deslizaban por su entrepierna.

—Oh, Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas y socorre a las más necesitadas de tu infinita misericordia.

—¡Sigue! —Me mordió el hombro.

Por un momento, parecía que todo empezaba a salirse de nuestro control, pero hacia un lugar en donde el placer era lo único que reinaba, y sus gestos y sus gemidos eran mi éxtasis.

Si bien siempre había imaginado mi primera vez como cualquier otra ingenua, con velas y pétalos de rosas, y no en una orgía, no podía negar que era una sensación increíble. El destino me había lanzado a los brazos de Angélica porque simplemente así lo había querido, en donde nada ni nadie nos habían impedido vivir y disfrutar de nuestra pasión a la luz de la luna, la cual había brillado con vanidad e intensidad a lo largo de la noche.

—Dios te Salve, Reina y Madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te Salve. A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas; muéstranos a

Jesús, fruto de tu vientre.

Y justo en ese momento, Angélica explotó, al igual que yo. Todo era perfecto, un poco extraño, pero perfecto.

Habíamos acabado.

—Gracias —susurró, y me besó el cuello.

—No, gracias a ti.

La música ya no se escuchaba y las luces psicodélicas que iluminaban el cielo habían desaparecido. Ya no se escuchaba nada, silencio absoluto, el cual me indicaba que la festividad había terminado. Asimismo, el color que ya empezaba a vislumbrarse y en el cielo me decía que, como por arte de magia, la madrugada había llegado.

«El tiempo vuela.»

Contemplé el rostro de Angélica durante un largo rato, y luego la vi cerrar los ojos. Sin dejar de mirarla, pensando en su perfección, aprecié la cabellera caída sobre su rostro. Me dejé caer a su lado, sin quitarle los ojos de encima, mientras que a lo lejos, detrás del monte, despuntaba el alba.